

Selección

TERROR

Joseph Berna

CAZADORES DE FANTASMAS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

385 — Horror infinito, *Clark Carrados*.
386 — El clan de la calavera, *Joseph Berna*.
387 — Aliento de ultratumba, *Lou Carrigan*.
388 — La reencarnación de Carol Merrill, *Adam Surray*.
389 — Diario escrito en la tumba, *Clark Carrados*.

JOSEPH BERNA

CAZADORES DE FANTASMAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 390
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.943 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Lisa Stander, de veintidós años de edad, cabello rojizo, suave y brillante, ojos pardos, pómulos altos, naricilla preciosa y boca grande y sensual, se detuvo frente a la puerta 22-C.

En su mitad superior, de cristal velado, permanecía colgado un rótulo que rezaba:

«Murphy and Osell Detectives Privados. »

Lisa Stander, que vestía un bonito conjunto azul, calzaba zapatos de alto tacón, y llevaba un bolso de piel colgado del hombro, abrió la puerta y penetró en la oficina.

—Buenos días —saludó, con una suave sonrisa, a los dos hombres que se encontraban en ella.

Iban ambos en mangas de camisa, y el más alto de los dos, muy corpulento, de pelo rubio y cara simpática, que aparentaba unos treinta años de edad, se entretenía lanzando dardos contra la diana que colgaba de la pared.

El otro, delgado, pero de aspecto fuerte y enérgico, tenía el pelo oscuro y un rostro muy varonil y atractivo. Se hallaba sentado en un sillón, con los pies sobre la mesa escritorio, cruzados, y se distraía contemplando las fotografías de esculturales mujeres desnudas que traía el último número de la revista «Penthouse».

Lisa Stander le concedió unos veintisiete años.

Ninguno de los dos respondió a su saludo, pero la atractiva joven no se molestó, pues adivinaba que no era por falta de educación, sino porque ambos hombres habían quedado tan impresionados por la belleza de su rostro y la perfección de sus formas de mujer totalmente desarrollada, que no acertaban a reaccionar.

Tanto el rubio como el moreno la miraban fijamente, sin pestañear, como embobados. El primero, que se había quedado con el brazo derecho en alto, a punto de lanzar un dardo, lo lanzó de una manera maquinal, sin mirar la diana.

Fue un error, porque el dardo partió totalmente falto de dirección y, en lugar de clavarse en la diana, se clavó en el trasero del gato que dormitaba sobre la silla que había junto a la ventana.

El pobre animal lanzó un largo y agudo maullido de dolor, al tiempo que brincaba de la silla, el pelaje tan erizado que ya no parecía un gato, sino un erizo de mar.

El angustioso chillido del pequeño felino domesticado devolvió a la realidad a Nick Murphy y Matt Osell, la pareja de detectives privados, quienes respingaron a dúo.

Lisa Stander dio un grito al ver saltar al infortunado gato, que fue a caer sobre la mesa, muy cerca del punto en donde descansaban los pies de Nick Murphy, el detective moreno.

—¡Cuidado, Nick...! —gritó Matt Osell, el causante del incidente.

Murphy bajó velozmente los pies de la mesa y saltó del sillón, alejándose del rabioso gato, en cuyo trasero seguía clavado el doloroso dardo.

La revista de señoras estupendas en cueros voló por los aires y, cuando cayó al suelo, quedó abierta de par en par, justo por la página central, en donde aparecía una explosiva rubia tumbada en un canapé, con las piernas tan separadas que parecía que esperaba el reconocimiento del ginecólogo.

El gato dio un par de brincos sobre la mesa, para ver si conseguía librarse del maldito dardo, pero como no fue así, lanzó un maullido de rabia y saltó de la mesa.

Lisa Stander emitió un chillido de terror, pues creyó que el gato iba a caer sobre ella, y por eso se protegió el rostro con los brazos.

El felino, en efecto, había saltado hacia la bella pelirroja, pero Nick Murphy evitó que el animal lastimara a la chica, arrojándose sobre ella al tiempo que gritaba:

—¡Al suelo, preciosa!

Lisa Stander se vio derribada violentamente por el más joven de los detectives y quedó con las piernas en alto, totalmente al aire, pues la falda se le había subido hasta la cintura.

Nick Murphy y Matt Osell, aunque muy fugazmente, porque estaban más pendientes del enrabietado gato que de ninguna otra cosa, pudieron comprobar que la muchacha pelirroja poseía unas piernas que por sí solas eran capaces de volver loco a un hombre.

Largas.

Esbeltas.

Maravillosamente torneadas...

Unas piernas de cine, vamos.

El gato también era de cine, pero de cine de terror. Brincaba.

Maullaba.

Mostraba sus peligrosos dientes. Sus afiladas uñas...

—¡Al suelo, Matt! —gritó Nick Murphy, cuando ya el enfurecido animal saltaba sobre el fornido rubio, buscándole la cara con sus garras.

Parecía querer vengarse de él, por lo del dardo en el culo.

Por fortuna. Matt Osell se dejó caer al suelo y el gato pasó por encima de su cabeza. Detrás del rubio Matt estaba la ventana.

Abierta.

Eso resultó fatal para el enloquecido gato, pues no pudo frenar su impulso y cruzó la ventana, cayendo a la calle.

Pobre gato...

Sí, porque la oficina de Murphy y Osell se hallaba instalada en el piso veintitrés.

La pareja de detectives y Lisa Stander permanecieron algunos segundos inmóviles, los ojos fijos en la ventana.

Nick Murphy se cansó de mirar la ventana y miro los formidables miembros inferiores de la chica pelirroja, que ella mantenía tan encogidos que las rodillas casi le tocaban la barbilla.

La visión era sumamente excitante, porque Lisa Stander llevaba unas braguitas tan sucintas que la mayor parte de sus rosadas y prietas nalgas quedaba al descubierto. Nick, sin embargo, no quiso abusar de la situación y, tomando suavemente las rodillas de la chica, la obligó a desencoger las piernas y le bajó la falda, cubriéndoselas.

Ella, pálida y temblorosa, le miró, pero no dijo nada.

Nick Murphy se irguió y ofreció su mano a la muchacha, con una agradable sonrisa en los labios.

—Arriba, preciosa. El peligro ya pasó.

Lisa Stander aceptó la mano del detective y se puso en pie. También el rubio Matt se incorporó, rezongando:

—Condenado gato...

—No culpe al gato. Matt. La culpa fue tuya —dijo Nick.

—No era mi intención clavarle el dardo en la grupa.

—Lo sé, pero lo hiciste, y encuentro natural que el pobre animal se pusiera como loco. ¿Cómo te sentirías tú si te clavasen una banderilla en la nalga?

El rubio se las masajeó las dos instintivamente.

—Muy mal, supongo.

Nick Murphy se desentendió de su compañero y prestó nuevamente atención a la muchacha pelirroja.

—¿Cómo se llama?

—Lisa; Lisa Stander —respondió ella, que seguía sin color en el rostro y con temblores, aunque más leves que antes.

—Yo soy Nick Murphy, y el que le clavó el dardo al pobre gato, Matt Osell. La joven los miró a los dos y forzó una sonrisa.

—Mucho gusto.

—El gusto es nuestro. Lisa. ¿Se hizo usted daño en la caída? —preguntó Nick.

—Me duele un poco el trasero —respondió la muchacha, llevándose una mano allí. Nick Murphy carraspeó.

—Si le doliera un palmo más arriba, me ofrecería para darle unas friegas, pero ahí...

Lisa sonrió, ahora con naturalidad.

—No se preocupe, se me pasará.

—¿En qué podemos servirle, Lisa? —preguntó Nick.

La hermosa joven volvió a mirar a la pareja de detectives y preguntó a su vez:

—¿Es cierto que también se dedican ustedes a cazar fantasmas, señor Murphy...?

CAPITULO II

Matt Osell dio un fuerte respingo.

—¿Que nos dedicamos a qué...? —exclamó, con ojos agrandados.

—A cazar fantasmas —repitió Lisa Stander.

—¡A cazar fantasmas! —Rompió a reír el rubio Matt, agarrándose el estómago—. ¿Has oído eso, Nick...?

Nick Murphy no hizo ningún comentario.

Lisa Stander abrió su bolso y extrajo un recorte de periódico, el cual mostró a la pareja de detectives.

—Aquí lo dice...

Matt Osell dejó de reír.

—¿Que ahí dice que nosotros...?

—Sí —cabeceó Lisa—. Lea usted, señor Osell.

El musculoso rubio tomó el recorte de periódico y clavó sus azules ojos en él. Decía textualmente:

> «Murphy And Osell, los mejores y más eficaces detectives privados de Nueva York, recuperarán sus joyas, documentos, objetos de valor o cualquier otra cosa que les haya sido robada, incluido el mechero. Caballero, si su mujer se acuesta con otro, Murphy and Osell averiguarán con quién, dónde y cuándo,, y tomarán fotografías de los dos, desnudos o vestidos, como usted prefiera, aunque le aconsejamos lo primero, porque es más comprometedor. También grabarán conversaciones íntimas de su mujer con el tipo, para que luego ella no pueda decir que las fotos son trucadas y que ella es una santa.
>
> Señora, si sospecha usted que su marido tiene una amante. Murphy and Osell conseguirán para usted las pruebas necesarias para poder gritar a todo el mundo que su marido es un sinvergüenza, y él no tendrá más remedio que callarse y concederle el divorcio, si usted se lo exige.
>
> Si alguien tiene una casa habitada por fantasmas, espíritus, espectros y demás gentes del Más Allá, Murphy and Osell se encargarán de darles caza y unos cuantos palos, para que no vuelvan a molestar a los vivos.»

A Matt Osell se le había ido abriendo la boca a medida que leía el recorte de periódico, y ya la tenía de par en par.

Aún quedaban líneas por leer, pero el estupefacto rubio se olvidó de ellas y alzó su perpleja mirada, posándola en Nick Murphy.

—Nick... —murmuró.

—¿Qué?

—¿Te leo lo que dice aquí?

—No es necesario, me lo sé de memoria.

—¿Pusiste tú el anuncio...?

—Sí —confesó Murphy.

—¿Y por qué no me dijiste nada...?

—Lo olvidé.

—Lo olvidaste...

—Sí —respondió Nick Murphy, apoderándose del recorte de periódico, el cual devolvió a Lisa Stander—. Guarde esto y siéntese, Lisa —rogó—. Murphy and Osell escucharán su problema y se lo resolverán rápida y económicamente.

La joven devolvió el recorte al bolso y se sentó en la silla que le ofrecía Murphy.

Este fue a ocupar su sillón, pero en ese momento descubrió la revista de mujeres en traje de ducharse, que seguía en el suelo, mostrando a la exuberante rubia que parecía esperar el reconocimiento del ginecólogo.

Nick Murphy recogió la erótica revista con un rápido movimiento, la cerró y la guardó en uno de los cajones de la mesa.

—Una de las modelos fotográficas del «Penthouse» es cliente nuestra, y todos los meses nos manda un ejemplar —dijo, a modo de justificación.

—Es un buen detalle —respondió Lisa Stander, por cuyo modo de sonreír supo el detective que ella no se había tragado el cuento.

Nick Murphy emitió un carraspeo y fue directamente al grano:

—¿Cuál es su problema, Lisa?

—Un tío mío, llamado Edward Hampton, falleció la semana pasada a causa de una insuficiencia coronaria. Era ya bastante mayor y su estado de salud era muy delicado, por lo que todos esperábamos el fatal desenlace desde hace algún tiempo.

—Lo siento mucho.

—Continúe, Lisa.

—Tío Edward no poseía más bienes que la casa en donde vivía. Una casa grande, enorme, construida a mediados del siglo pasado. Se alza a unos cien kilómetros de Nueva York, en un paraje triste y solitario. Así era también tío Edward: un hombre triste y solitario. No contrajo matrimonio y jamás tuvo amigos. El vivía su vida en ese gigantesco y lúgubre caserón, del que en muy raras ocasiones salía, como no fuera para dar un paseo por los alrededores.

—¿Le visitaba usted, Lisa?

—Sí, claro; pero muy de tarde en tarde.

—¿Porque él no tenía buen carácter'.’

—No, no. Tío Edward siempre se mostró muy cariñoso conmigo. Bastante más que con Joan y Chad, mis primos. Si no solía visitarle más a menudo, es porque su casa me da miedo.

—¿Porque es antigua?

—Bueno, no sólo por eso. La verdad es que, cada vez que iba a ver a mi

tío, pasaban cosas extrañas en la casa.

—¿Como por ejemplo...? —intervino Matt Osell, quien, pese a que llevaba un buen rato callado, seguía con mucha atención la conversación que mantenía Nick Murphy con la sugestiva pelirroja.

Lisa Stander lo miró y respondió;

—Voces, ruidos, objetos que se mueven sin que nadie los toque...

—¿Y qué decía su tío al respecto? —inquirió Murphy.

—Pues, que lodo era producto de mi imaginación.

—¿Y lo era. Lisa? —preguntó Osell. La joven movió la cabeza.

—No, yo estoy segura de que no. Las voces, los ruidos y el temblor de los objetos, eran reales, auténticos. Yo he pasado mucho miedo en esa casa, he sentido frío, he temblado de pánico...

Matt Osell se miró el dorso de las manos.

—Pues no se me ha erizado la piel sólo de oírla... —rezongó, como hablando consigo mismo.

Nick Murphy sonrió y rogó: —Hábleme de sus primos, Lisa.

—¿Qué quiere saber?

—¿Visitaban ellos a su tío?

—Sí, pero menos todavía que yo.

—¿Oían ellos también las voces y los ruidos, y veían temblar los objetos?

—Sí.

—Ay... —gimió Matt Osell, estremeciéndose.

—Silencio, Matt —pidió Nick, y volvió a encararse con la sobrina de Edward Hampton—: ¿Qué decía su tío, que también era fruto de la imaginación de Joan y Chad?

—Sí —respondió la joven—. Según él, Chad, Joan y yo imaginábamos todo eso porque su casa nos daba miedo.

—El miedo, desde luego, suele gastar bromas muy pesadas.

—Lo sé, señor Murphy. Pero le repito que todas esas cosas pasaban realmente, Chad, Joan y yo no tenemos la menor duda al respecto.

—Entonces, tendremos que pensar que...

—Que hay fantasmas en la casa —acabó la frase Lisa Stander. Matt Osell dio un cómico respingo.

—¡Fantasmas! —galleó.

—Si los hay, nosotros los cazaremos —aseguró Nick Murphy, con una sonrisa.

—Es lo que he venido a pedirles —confesó Lisa.

—¡Pues tendrá que pedírselo a otros! —exclamó Osell. Murphy lo miró con severidad.

—Cállate, Matt.

—¡Nosotros no somos cazadores de fantasmas, Nick!

—Nosotros cazamos lo que sea.

—¡Habla por ti, no por mí!

—Hablo por los dos, porque somos socios y vamos a medias en el negocio.

—¡Si insistes en ir a ese caserón, yo dimito!

—Tú vendrás conmigo, Matt.

—¡Yo me voy a Australia! ¡Prefiero los canguros a los fantasmas! —dijo el rubio, descolgando su chaqueta del perchero y caminando hacia la puerta.

—¡Matt!

—¡Te mandaré una postal, Nick!

—¡No seas estúpido!

Matt Osell abrió la puerta, salió de la oficina, y cerró con brusquedad.

—Maldito cabezota —masculló Nick Murphy, dando un puñetazo sobre la mesa. Lisa Stander se mordió los labios nerviosamente.

—Lo siento, señor Murphy.

—No se preocupe. Conozco bien a Matt, y sé que volverá.

—¿No dijo en serio lo de irse a Australia...?

—¿Cómo va a decirlo en serio, si no tiene dinero para el pasaje?

—Entiendo —sonrió la joven.

—Sigamos hablando, Lisa. ¿No tenía su tío más parientes que ustedes tres? —preguntó Nick.

—Así es —asintió la muchacha.

—¿Y a quién nombró heredero en su testamento?

—A los tres.

—Entonces, su casa es para Chad, para Joan, y para usted.

—Sí, pero sólo en principio.

—¿Qué quiere decir?

—Tío Edward nos gastó una jugarreta a la hora de redactar su testamento.

—¿Qué clase de jugarreta?

—Como sabía que Chad, Joan y yo le tenemos pánico a la casa, puso como condición indispensable que cada uno de nosotros, juntos o por separado, pase dos semanas enteras en ella.

—¡Atiza!

—Sí, y durante ese tiempo, no podremos abandonar la casa bajo ningún pretexto. Si alguno lo hace, perderá su derecho.

—Supongamos que la abandonan los tres antes de cumplirse el plazo exigido por su tío. ¿Qué pasaría entonces?

—Pues, que el abogado de mi tío vendería la casa y entregaría el dinero obtenido a una institución benéfica designada en el testamento.

—Qué faena.

—¿Comprende ahora por qué quiero contratarles, señor Murphy? Tengo que ir forzosamente a la casa de mi difunto tío y pasar dos semanas en ella, pero no me atrevo a hacerlo sola. Necesito protección, un par de hombres expertos, valientes y decididos a mi lado, de día y de noche. Sólo así podré permanecer dos semanas en esa casa. Si voy sola, echaré a correr en cuanto oiga la primera voz, el primer ruido, o vea temblar el primer objeto.

Nick Murphy sonrió .suavemente.

—Puede contar con nosotros, Lisa.

—¿Con Matt, también?

—Sí, no se preocupe. Dentro de un rato estará de vuelta y yo sabré convencerle.

—Estupendo.

—¿Cuándo quiere que vayamos a la casa?

—Mañana por la mañana, si a usted le parece bien.

—Sí, no hay problema. Matt y yo no tenemos ningún caso entre manos, en estos momentos.

—Decidido, pues. Vengan por mí a las nueve, lo tendré todo preparado.

—¿Dónde vive usted. Lisa? —preguntó Nick. La joven se lo dijo.

Nick Murphy lo anotó en una libreta y se puso en pie, porque también Lisa Stander se había levantado de la silla. Salió de detrás de la mesa y tomó del brazo a la joven, acompañándola hasta la puerta.

—¿Le sigue doliendo el trasero. Lisa?

—No, ya no —respondió ella, sonriendo.

—Me alegro.

—Fue terrible lo del gato, ¿eh?

—Sí, sí que lo fue.

—Yo me asusté mucho.

—Todos nos asustamos. Un gato rabioso, es algo muy serio.

—Todavía no le he dado las gracias por tirarme al suelo tan a tiempo, señor Murphy.

—No tuvo importancia. Y llámeme Nick, por favor.

—Le llamaré Nick, pero sí tuvo importancia. El gato pudo haberme destrozado la cara.

—Hubiera destrozado una cara preciosa.

—Muy amable, Nick.

—Muy sincero. Lisa.

—¿No me abre la puerta?

—Antes me gustaría hacer algo, si a usted no le importa.

—¿El qué?

Murphy le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios. Luego, mirándola a los ojos, preguntó:

—¿Le ha importado. Lisa?

—Me importe o no, ya está hecho —le sonrió deliciosamente ella, soltándose de él. Nick Murphy abrió la puerta y Lisa Stander salió de la oficina.

—Hasta mañana. Lisa.

—Hasta mañana. Nick.

CAPITULO III

Lisa Stander caminó hacia el ascensor, con elegancia.

Nick Murphy observó sus bonitas piernas, sus magníficas caderas, su esbelto trasero, alto y firme.

La joven se introdujo en el ascensor, saludó desde allí al detective privado, antes de que las puertas se cerrasen automáticamente, y luego el artefacto mecánico se fue para abajo.

Nick se rozó los labios con las yemas de los dedos, recordando el beso que le diera a Lisa, el delicioso sabor de su boca, cálida y húmeda.

El había besado docenas de bocas femeninas, pero ninguna le dejó tan grato recuerdo Nick Murphy exhaló un hondo suspiro y cerró la puerta de la oficina, yendo a sentarse nuevamente en el sillón, tras la mesa.

Apenas descansar sus posaderas en el asiento, la puerta se abrió y Matt Osell entró en la oficina.

—Hombre, el australiano —sonrió Murphy, socarrona mente. El rubio lo fulminó con la mirada.

—¡Tu padre! —rugió.

—A mi padre déjalo en paz. Matt.

—¿Por qué tuviste que poner ese maldito anuncio en el periódico? ¿Desde cuándo nos dedicamos nosotros a cazar fantasmas, espíritus, espectros y demás gentes del Más Allá?

—Desde mañana.

—Te has comprometido con la pelirroja, ¿eh?

—Sí.

—¡Cazar fantasmas no es lo nuestro, Nick!

—No. pero hay que comer. Matt.

—¡No estamos tan apurados!

—Sí lo estamos. Matt. Hace mucho que no nos contratan, y nuestras reservas económicas están a punto de extinguirse. ¿Por qué crees que puse el anuncio en el periódico?

—¡Debió costarte un ojo de la cara, porque es más largo que el discurso de un político!

—Menos reproches, socio. Gracias a, ese anuncio, tú y yo vamos a tener trabajo las próximas dos semanas.

—¡Menudo trabajo, atrapar fantasmas del rabo!

—Del rabo... o de donde sea. El caso es atraparlos. Matt. El rubio sacudió la cabeza.

—No me gusta. Nick: no me gusta nada.

—¿No será que tienes miedo. Matt? —sonrió burlonamente Murphy.

—Sí, no voy a negarlo. Los vivos no me dan miedo, pero los espíritus de los muertos...

Nick Murphy se echó a reír.

—Parece mentira, socio.

—¿El qué? —gruñó Osell.

—Que creas en esas cosas.

—¿Es que tú no crees...?

—¡Naturalmente que no!

—¿Por qué no se lo dijiste a la chica?

—Porque se hubiera molestado. Matt. Ella, al igual que sus primos, está convencida de que en la casa de su difunto tío hay fantasmas, y no es aconsejable llevarle la contraria.

—Tú estás seguro de que no los hay, ¿verdad?

—Absolutamente seguro, Matt.

—¿Y las voces, los ruidos y los movimientos de los objetos...?

—Producto de su imaginación, como ya dijo el difunto Edward Hampton. El miedo hace ver y oír muchas cosas. Matt.

Matt Osell se rascó la cabeza.

—No sé, Nick, no sé...

—Te convencerás cuando estemos en la casa.

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana por la mañana. Tenemos que recoger a Lisa Stander a las nueve en punto. Por cierto, no te he hablado de la jugarreta que les hizo Edward Hampton a sus sobrinos v herederos únicos en el testamento. Matt.

—¿Jugarreta...?

Nick Murphy informó a su compañero de la condición que había puesto Edward Hampton a sus sobrinos: pasar dos semanas enteras en la casa.

—Si yo fuera uno de los herederos, renunciaría a mi parte —aseguró el rubio.

—Sería un error, Matt, porque estas casas antiguas se pagan muy bien. Y, si están conservadas, mucho mejor.

—Sí, pero pasar dos semanas con los fantasmas...

—Matt, te repito que los fantasmas no existen.

—Me gustaría estar tan seguro como tú —rezongó Osell.

Murphy iba a decir algo, cuando la puerta se abrió y dos hombres penetraron en la oficina.

Muy altos. Muy fuertes.

Muy brutos, a juzgar por sus caras.

—¿Murphy y Osell? —preguntó el de la derecha, cuya nariz parecía haber sido machacada con un ladrillo.

—Yo soy Matt Osell —respondió el detective rubio.

—Y yo, Nick Murphy —se presentó el detective moreno.

—¿En qué podemos servirles, caballeros? —preguntó cordialmente Matt, que tenía la esperanza de que los tipos hubiesen venido a encargarles algún caso y así poder rechazar la oferta de Lisa Stander.

Fue el sujeto de la izquierda quien respondió. Pero no con palabras, sino con hechos.

El puño diestro se le disparó como si se tratara de una bala de cañón. Bala de cañón que estalló en la firme mandíbula de Matt Osell.

El rubio salió despedido hacia atrás, cayó sobre la mesa, dio una voltereta, cayó encima de Nick Murphy, derribó a éste y su sillón, y ambos detectives quedaron sentados en el suelo.

Murphy palmeó la mejilla de su compañero.

—¿Estás bien. Matt?

Osell escupió una pieza dental, manchada de sangre, y respondió:

—Con un diente menos, pero bien

—Me alegro.

—¿De que tenga un diente menos?

—De que estés bien. Vamos a por ellos, Matt.

—Sí, estoy deseando cobrarme el castañazo —masculló el rubio, soltando un chorro de saliva rojiza, producto de la hemorragia ocasionada por el diente arrancado de tan mala manera.

Se pusieron los dos en pie y salieron de detrás de la mesa, uno por cada lado.

Era lo que estaban esperando los dos corpulentos individuos para soltar sus puños. Nariz Machacada, el tipo que golpeara a Matt Osell, salió al encuentro de éste, mientras su compañero, que tenía las cejas muy pobladas, se acercaba a Nick Murphy.

Se produjo el doble enfrentamiento. Cuatro puños surcaron el aire.

Dos de ellos golpearon sólo eso, los otros dos alcanzaron su objetivo.

Los que habían logrado esquivar los puños rivales, eran Nick y Matt, y como ambos pegaban duro y con precisión. Nariz Machacada y Cejas Pobladas rodaron por el suelo como pelotas.

Murphy y Osell se dieron la mano, sonrientes.

—Buen golpe, Matt.

—El tuyo tampoco ha estado mal, Nick.

—Mira, los tipos se levantan.

—Quieren más.

—Pues vamos a dárselo —dijo Nick Murphy, yendo hacia Cejas Pobladas, dispuesto a depilárselas a golpes de nudillos.

Matt Osell fue hacia Nariz Machacada, quien había escupido un diente, antes de incorporarse, lo cual complació mucho al rubio.

Pero Matt quería que ese tipo escupiese más piezas dentales. Muchas más.

Por eso le soltó un trallazo en la boca. El crujido fue impresionante.

El resultado del golpe aún más. Ambos labios partidos.

Tres dientes arrancados. Dos más a punto de soltarse.

El fulano se vino abajo dando aullidos y expulsando sangre por la destrozada boca. Su compañero también se derrumbó, pero con la boca intacta.

Nick Murphy la había tomado con aquel par de cepillos que tenía por cejas, y sus puños sólo golpearon allí, arrancando pelos, trozos de piel y

abriendo brecha con los nudillos.

Las dos cejas, dolorosamente partidas, empezaron a sangrar profundamente, manchando la cara del tipo, que también se quejaba, aunque no tan fuerte como su compañero.

Nick y Matt volvieron a estrecharse la mano.

—Estamos dominando la situación, socio —sonrió el primero.

—Sí, no tenemos ni para empezar con este par de mequetrefes —rió el rubio.

—Se están incorporando de nuevo.

—Verás qué poco duran en pie —vaticinó Matt, escupiéndose en las manos y yendo hacia Nariz Machacada, cuya boca, ahora, daba verdaderos escalofríos.

Tal vez por eso, Matt Osell se olvidó de ella y golpeó al tipo en un pómulo, en el hígado, en el otro pómulo, en el estómago y, finalmente, entre los ojos.

La serie de puñetazos, rápidos y certeros, envió nuevamente al suelo al fulano de la nariz aplastada, quien ya no tuvo fuerzas ni ganas de levantarse.

Algo parecido le ocurrió a su compañero, igualmente castigado con dureza por Nick Murphy.

Y sólo en las cejas, como antes.

Ya no tenía ni rastro de pelos en ellas.

Los puños del detective se los habían llevado todos. Matt Osell se lamió los enrojecidos nudillos y observó:

—Parece que los tipos ya tienen suficiente, Nick.

—Sí, creo que sí. Ahora nos dirán por qué nos atacaron —repuso Murphy, acercándose al sujeto que se había quedado sin pelo en las cejas. Le tocó el costado con la punta del zapato y lo llamó—: Eh. Tú, date la vuelta.

El individuo, que había quedado tendido de bruces, se volvió lentamente y miró con odio a la pareja de detectives, la sangre resbalando por su rostro desde las destrozadas cejas, que parecían dos colinas ocupadas por japoneses, de tanto qué se habían hinchado.

—¿Quién os mandó? —interrogó Nick Murphy.

—No lo sabemos —respondió el fulano.

—¿Quieres que te destroce la boca de una patada?

—No.

—Entonces, canta. Y no me salgas con que no eres Sammy Davies, porque no estoy para chistes.

—He dicho la verdad. Un tipo nos llamó por teléfono y nos dijo que había depositado un sobre en nuestro buzón, conteniendo mil dólares. Lo único que teníamos que hacer era venir a vuestra oficina y daros una paliza. El tipo no dio su nombre ni explicó las razones que tenía para desear veros en un hospital con unos cuantos huesos rotos. Como a nosotros tampoco nos importaba demasiado conocerlas, aceptamos. Mil dólares es una suma importante.

Nick Murphy miró a Matt Osell.

—¿Qué te parece su historia, Matt?

—Creo que el tipo no miente, Nick.

—Sí, lo mismo pienso yo. ¿Los dejamos marchar?

—Cuando hayan escupido los mil dólares. Se los dieron para que hicieran trabajar sus puños, pero como han sido los nuestros los que han trabajado, ese dinero nos pertenece.

—Estoy de acuerdo, Matt. ¿Alguna objeción, muchachos?

El fulano de las cejas partidas se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre corriente, el cual se apresuró a tomar Matt Osell.

El rubio lo abrió y sacó unos cuantos billetes de cien dólares. Los contó.

Estaban los diez.

—Mil pavos justos, Nick —informó, metiendo nuevamente los billetes en el sobre.

—Podéis largaros, muchachos —indicó Murphy a los matones.

Los tipos sé incorporaron con cierta dificultad y caminaron hacia la puerta, saliendo de la oficina.

Nick Murphy se acarició el mentón pensativo.

—¿Quién diablos querrá vernos en un hospital, Matt?

—Alguien que no nos quiere bien —sonrió el rubio.

—No me gusta tener un enemigo y no saber quién es.

—Tampoco a mí, pero me alegra que enviara a ese par de matones.

—¿Ah, sí...?

Osell sacudió el sobre que contenía el dinero.

—Gracias a él tenemos mil dólares. Nick.

—Sí, nos vendrán bien —sonrió Murphy.

—¡Y tan bien! Como que ya no tenemos necesidad de ir al lúgubre caserón del difunto Edward Hampton.

—¿Quién lo ha dicho?

—Nick, con mil pavos en el bolsillo, ya no tenemos por qué cazar fantasmas.

—¿Olvidas que me comprometí con Lisa Stander?

—Bueno, yo creo que eso se puede arreglar fácilmente, Nick.

—No hay nada que arreglar, Matt. Acompañaremos a Lisa Stander a la casa de su difunto tío y permaneceremos dos semanas con ella.

—Oh, Nick. Nick... —trató de insistir Matt.

—Basta ya, Matt. La cosa está decidida, es tonto seguir discutiendo. Matt Osell suspiró resignadamente.

—De acuerdo, iremos a ese maldito caserón. Y ojalá no tengamos que arrepentimos.

—Ya verás cómo no —sonrió Murphy.

—Por tu forma de sonreír, juraría que estás pensando en la hermosa pelirroja.

—Me gusta, Matt.

—¡Toma! Y a mí.

—Yo lo he dicho primero, así que no me la disputes.
—De acuerdo, dejaré que seas tú quien primero intente ligar con ella.
—Eres un buen amigo, Matt.

CAPITULO IV

Todavía faltaban cinco minutos para las nueve cuando Nick Murphy pulsó el timbre del apartamento de Lisa Stander.

Algunos segundos después, la atractiva muchacha abría la puerta, vistiendo un ajustado pantalón blanco, acampanado, y una liviana blusa amarilla, de manga corta, que moldeaba muy sugestivamente sus jóvenes y altivos senos.

—Buenos días. Lisa —saludó Murphy, exhibiendo su mejor sonrisa.

—Qué puntualidad la de ustedes —repuso ella, devolviendo la sonrisa.

—Si, Matt y yo somos unos tipos muy puntuales. Lisa Stander miró a Matt Osell.

—Le hacía en Australia, Matt.

—No me pique, Lisa —gruñó el rubio. La joven rió.

—Sólo es una broma, no se enfade.

—No me enfado, pero tampoco estoy de humor, ésa es la verdad.

Lisa se fijó en el moretón que lucía el fornido rubio en el maxilar inferior.

—¿Qué le pasó en la barbilla, Matt?

—Una mula me soltó una coz —rezongó Osell, rozándose con los dedos el manchón azulado.

—¿Qué le hizo usted a la pobre mula...? ¿Le clavó un dardo en el trasero, como al gato? Nick Murphy rió y explicó:

—Matt y yo tuvimos una pelea con un par de tipos que llegaron un rato después de que se hubiese marchado usted. Lisa.

—¿De veras...? ¿Y por qué pelearon? Murphy se lo refirió.

—¿Y no tienen ustedes idea de quién...? —preguntó la joven.

—No, no sabemos quién envió a ese par de matones.

—Qué extraño.

—Debe tratarse de algún resentido —intervino Osell.

Lisa Stander invitó a la pareja de detectives a entrar en su apartamento.

—Tengo mis cosas preparadas —dijo, señalando una maleta y un fin de semana.

—Yo las bajaré —se ofreció Osell.

—Muchas gracias, Matt —le sonrió Lisa. Murphy preguntó:

—¿Le dijo usted a alguien que iba a contratarnos, Lisa?

—No, a nadie. ¿Por qué lo pregunta, Nick?

—Olvídelo, es una tontería.

—Por favor, dígamelo —insistió la joven. Murphy se pellizcó el lóbulo derecho.

—Bueno, sólo me preguntaba si los dos matones que vinieron a darnos una paliza tendrían alguna relación con el hecho de que usted nos hubiese contratado para acompañarla a la casa de su difunto tío.

Lisa Stander parpadeó:

—¿Y qué relación podría tener...?

—No sé. Quizá alguien no quiera que usted vaya a la casa de Edward Hampton. Acompañada, al menos.

Matt Osell dio un par de cabezadas.

—Es posible que tengas razón, Nick.

—No, eso es absurdo, Matt. Además, ya he dicho antes que nadie sabía que iba a contratarles a ustedes.

—Alguien pudo seguirla. Lisa.

—Eso —cabeceó nuevamente Osell.

—No, no lo creo —rechazó la muchacha—. Sigo pensando que no tendría sentido.

—Quizá tenga razón, Lisa —sonrió ligeramente Murphy—. ¿Nos vamos?

—No, todavía no, Nick. Tenemos que esperar a Joan y Chad.

—¿Joan y Chad...?

—Sí; ellos también vienen.

—¿Les dijo usted que...?

—No, fue Lex Blondell quien les informó.

—¿Lex Blondell?

—El abogado de mi difunto tío.

—¿Y cómo sabía él que...?

—Le telefoneé al llegar a casa.

—¿Por qué?

—Tenía que decirle que pensaba ir a casa de tío Edward, acompañada de ustedes, Nick. Apenas cortar la comunicación, Lex Blondell telefoneó a Joan y a Chad, para ponerles al corriente. Pocos minutos después, Chad y Joan me telefoneaban a mí. A los dos les da tanto miedo como a mí pasar dos semanas en casa de nuestro difunto tío, pero al saber que yo había contratado a dos expertos cazadores de fantasmas les animó y...

—¡Expertos cazadores de fantasmas! —exclamó Matt Osell, y se echó a reír. Nick Murphy le atizó un puntapié a la espinilla y el rubio dejó de reír en el acto. Matt fue a protestar, pero desistió al ver con qué severidad le miraba Nick. Este rogó:

—Continúe, Lisa.

—No hay más que contar, Nick. Chad y Joan me dijeron que deseaban venir con nosotros a la casa, y yo no tuve inconveniente. Les dije que estuviesen aquí a las nueve en punto. No creo que tarden ya.

En aquel preciso instante, llamaron a la puerta.

—Ya están ahí —adivinó Lisa, y abrió. En efecto.

Eran Chad Laven y Joan Redford.

Chad tenía el pelo castaño, muy crecido, las facciones agradables, aunque un tanto cínica la mirada. Contaba veinticinco años de edad y vestía prendas deportivas.

Joan tenía veintitrés años, el cabello largo y muy rubio, los ojos claros, los labios muy rojos, carnosos y brillantes. Vestía una blusa de tirantes, color naranja, de escote harto atrevido y una falda de color hueso, abierta por

delante.

Nick y Chad apenas se fijaron en Chad Laven, porque era mucho más interesante contemplar a la rubia Joan, cuyo cuerpo era realmente portentoso, se la mirase por donde se la mirase.

Nick y Matt prefirieron mirar a la parte de arriba, tan desarrollada como aireada. Pechos altos.

Plenos...

Redondos...

Un busto realmente turbador.

Joan Redford, al darse cuenta de que la pareja de detectives clavaban sus ojos en los espectaculares senos de ella, llevó aire a sus pulmones, para que la cosa aumentara.

Y aumentó. Vaya si aumentó.

Tanto, que amenazó con desbordarse.

Matt Osell estuvo a punto de poner las manos, para sostener lo que saltase.

Hubiese sido una tontería, porque resultaba evidente que los senos de Joan Redford, a pesar de su volumen, poseían la suficiente firmeza como para sostenerse por sí solos.

Buena prueba de ello es que no usaba sujetador.

Los dos botoncito» que se marcaban bajo la tela, en las cimas de los senos, no dejaron lugar a dudas.

Lisa Redford hizo las presentaciones.

Nick y Matt estrecharon las manos de Chad y Joan. Chad Laven dijo:

—Conque éstos son los famosos cazadores de fantasmas, ¿eh, Lisa?

—Sí —respondió la joven.

—Espero que hagan honor a su fama y cacen los que hay en la casa de nuestro difunto tío —dijo Joan Redford.

—No pensamos dejar ni uno —aseguró Nick Murphy—, ¿No es cierto, Matt?

—Sí, es muy cierto —rezongó Matt Osell, visiblemente preocupado.

Y, como más tarde se vería, el corpulento rubio tenía motivos más que sobrados para sentirse preocupado, porque en la alejada y solitaria casa del difunto Edward Hampton iban a suceder un montón de cosas para las cuales nadie iba a tener explicación.

CAPITULO V

Alrededor de las once. Lisa Stander detenía su coche, un «Mercury» azul, frente a la casa que perteneciera a Edward Hampton.

Tras el automóvil de la muchacha se detuvo el «Ford» oscuro de Nick Murphy y Matt Osell, que había sido conducido por el primero.

Detrás del coche de los detectives privados, se paró el «Dodge» color café de Chad Laven, en el que iba también Joan Redford.

Los tres hombres y las dos mujeres descendieron de los automóviles. Nick Murphy y Matt Osell contemplaron la casa.

Lisa Stander había dicho la verdad. Era grande.

Enorme.

Antigua.

La joven tampoco había mentido en lo referente a! lugar en donde se alzaba el caserón. Era triste.

Solitario.

Alejado...

Nick Murphy contemplaba la casa con curiosidad: Matt Osell, con mal disimulado temor. También había temor en los ojos de Lisa, Joan y Chad, los tres herederos que debían pasar dos semanas enteras en la casa, sin abandonarla para nada.

Fue Lisa Stander quien preguntó:

—¿Qué les parece la casa. Nick?

—A mí me gusta —respondió Murphy.

—A mí no —dijo Osell

—¿Por qué. Matt? —preguntó Lisa.

—Tiene aspecto lúgubre, siniestro, como de película de terror. Murphy sonrió.

—No digas tonterías. Matt. La casa es grande y antigua de acuerdo, pero yo tío veo que tenga nada de lúgubre v siniestra. Es una casa firme, sólidamente construida: por eso el paso de los años no la ha afectado. Sigue tan fuerte y tan segura como el primer día. Estoy convencido de que si Lisa. Joan y Chad desean venderla, sacarán un buen pellizco por ella.

—Por supuesto que deseamos venderla. Nick —intervino Chad Laven.

—Pero no podremos hacerlo mientras no cumplamos la condición impuesta por nuestro difunto lío añadió Joan Redford.

—A eso hemos venido, ¿no? recordó Lisa Stander

—Nosotros les ayudaremos a cumplirla —prometió Nick Murphy.

—¿Y quién nos ayudará a nosotros? —rezongó Mat! Osell Murphy miró a su asustado compañero.

—¿Decías. Matt?

—No. nada —carraspeó el rubio.

—Bueno, será mejor que entremos en la casa —dijo Nick Murphy—. Coge

vuestras cosas. Matt. Yo llevaré las de Lisa. Sacaron los equipajes de los coches.

Luego caminaron los cinco hacia la puerta de la casa, muy alta y amplia, extraordinariamente recia, con adornos de metal.

Lisa Stander oprimió el timbre. Tuvieron que esperar un par de minutos.

Luego, la pesada puerta se abrió e Ingrid, el ama de llaves del difunto Edward Hampton se dejo ver.

Era una mujer alta y no mal formada, morena, ojos negros y profundos, labios llenos, bien trazados Pese a haber cumplido ya los cuarenta, seguía siendo una mujer bastante atractiva.

Y eso que el vestido, largo y negro, no la favorecía demasiado, como tampoco su peinado tan antiguo como la propia casa

Con otro vestido, y el cabello suelto. Ingrid resultaría mucho más atractiva, sin lugar a dudas

—¿Que tal. Ingrid? saludó Lisa Stander, ofreciendo su mano al ama de llaves. Ella se la estrechó con suave sonrisa

—Bien, señorita Stander. ¿Y ustedes

—Sin novedad.

—El señor Blondell telefoneó ayer tarde y me informó de que hoy venían ustedes tres, acompañados de los señores Murphy y Osell, especialistas en la caza de fantasmas.

Nick y Matt supieron captar la ironía de las palabras del ama de llaves, por lo que el primero preguntó:

—Los hay realmente en esta casa. Ingrid?

—La señorita Stander, la señorita Redford y el señor Laven aseguran que sí, pero yo no los he visto nunca. Tampoco los vio jamás el difunto señor Hampton que en paz descanse. Ni Bruno

—¿Bruno?

Es el criado —informó Lisa

—Ahí llega, precisamente —indicó Ingrid, mirando hacia la puerta que había a la derecha del amplio vestíbulo

Lisa. Joan. Chad. Nick y Mail volvieron los ojos hacia allí.

Los dos detectives quedaron bastante impresionados, porque Bruno sí que parecía un personaje de película de terror. Cabello largo y revuelto.

Cara de mono. Ojos de loco.

Dientes grandes y torcidos. Manos muy peludas. Figura encorvada.

Esto último se debía a que Bruno lema una pronunciada joroba. Su edad era difícil de calcular.

Lo mismo podía tener treinta años que cincuenta.

Lisa. Joan y Chad, pese a haber visto ya varias veces al poco agraciado Bruno, también evidenciaron un ligero temor al posar sus ojos en él.

Bruno se acercó.

Como tenía las piernas más bien corlas y algo torcidas, parecía un gorila caminando, en vez de un hombre.

Ingrid le sonrió afectuosamente.
—Saluda a los señores. Bruno.
El criado levantó su zarpa derecha y la movió.
—Huuu.... huuu...
A Matt Osell se le erizó el vello.
—Es su forma de saludar —explicó Ingrid.
—¿No sabe hablar? —preguntó Nick Murphy.
—Sí sabe, pero no puede.
—¿Por qué?
—Se hizo una herida en la lengua, se le infectó, y no tuvieron más remedio que cortársela.
Nick y Mali sintieron sendos escalofríos.
—Pobre Bruno... —musitó el primero.
—Además de feo y jorobado, mudo... —dijo el segundo, en tono bajo, también. Ingrid se encaró con los herederos de Edward Hampton.
—Sus habitaciones están dispuestas. Bruno les acompañará.
—Huuu... huuu... —dijo el jorobado, y echó a andar hacia la escalera de medio caracol que se veía al fondo del vestíbulo.
Nick. Matt. Lisa, Joan y Chad fueron tras él. Subieron todos la escalera.
Una vez, arriba, se adentraron en un amplio corredor, que torcía a la izquierda Se veían varias puertas.
Bruno abrió la primera de ellas y señaló con su peluda mano a Chad Laven.
—Huuu... huuu...
Chad entendió que aquella habitación era la suya y se introdujo en ella. No cerró la puerta.
Le daba miedo hacerlo.
Bruno avanzó unos metros más por el corredor y abrió la segunda de las puertas,
—Huuu... huuu... —dijo, señalando ahora a Joan Redford. La apetecible rubia entró en la habitación.
Tampoco ella cerró la puerta.
Estaba tan asustada como su primo Chad.
Bruno reanudó la marcha, seguido de Lisa. Nick y Matt. La siguiente habitación fue para Matt Osell
La otra, para Nick Murphy.
El criado mudo indicó a Lisa Stander que le siguiera, pero la joven dijo:
—Yo compartiré esta habitación con el señor Murphy. Bruno.
El jorobado agrandó sus ojos de perturbado mental, evidenciando su sorpresa.
—¿Huuu...?
—Sí, Bruno: no quiero dormir sola. Tú sabes cuánto me asusta esta casa. Estoy convencida de que hay fantasmas en ella.
El criado sacudió la cabeza.

—Huuuu... huuuu... huuuu...

—Sí, ya sé que tú no lo crees, y tampoco Ingrid, pero yo sé muy bien que las voces, los ruidos y los movimientos de los objetos no son producto de mi imaginación: son reales. Bruno.

El mudo movió nuevamente la cabeza en sentido negativo.

—Huuu... huuu...

—No insistas. Bruno: no lograrás convencerme —dijo Lisa, y se introdujo en la habitación destinada a Nick Murphy, cerrando seguidamente la puerta.

Nick la miró y sonrió.

—¿De verdad vamos a dormir juntos. Lisa?

—Sí.

—Magnífico.

—No se haga ilusiones. Nick. Es lo único que vamos a hacer: dormir —dejó bien claro la muchacha, seria.

Esto último, la súbita seriedad de Lisa Stander extrañó a Nick Murphy.

—¿Qué le ocurre, Lisa?

—¿A mí?

—¿La he molestado en algo?

—No.

—¿Por qué ese gesto de enfado, entonces?

—No estoy enfadada.

—Sí, sí que lo está. Lisa. Y es conmigo con quien está enfadada.

—No sea pesado. Nick.

—¿Qué he podido hacer o decir para disgustarla? Si es por el beso que le di ayer...

—No es por el beso.

—Ya suponía que no. porque usted me sonrió, después de besarla.

Lisa Stander abrió su maleta y empezó a sacar sus cosas, en silencio y con el ceño fruncido.

Nick Murphy, tras reflexionar un par de minutos, preguntó:

—¿Es por causa de Joan, Lisa? La joven no respondió. Murphy dio una cabezada.

—Sí, ella es la causa de su enfado. Le molestó que Matt y yo nos fijásemos demasiado en su desarrollado busto.

—Los dos le mordían los pechos con los ojos —masculló Lisa, revelando que sí, que ésa y no otra era la causa de su enfado.

Murphy carraspeó.

—Bueno, tanto como eso...

—No lo niegue. Nick. Usted y Matt están deseando tener la oportunidad de encontrarse a solas con la descarada de Joan, para poder meterle mano.

—¡Lisa!

—Es la verdad, admítalo

—Lisa, yo le aseguro que...

—Matt es posible que lo consiga, pero usted no tendrá ocasión. Nick,

porque no permitiré que se aparte de mi lado ni un solo segundo.

Murphy la enlazó por el talle.

—Le aseguro que yo no deseo apartarme. Lisa. Ella le puso las manos en el pecho y empujó.

—Suélteme. Nick.

—Quiero darle un beso.

—Si lo intenta, le arreo un sopapo —amenazó Lisa, levantando la mano.

—Aunque fuesen cien —dijo Nick, y unió su boca a la de ella.

CAPITULO VI

Lisa Stander no le arreó el sopapo a Nick Murphy, pero sí le agarró del pelo. Y tiró.

Con mucha fuerza.

El detective se vio obligado a despegar su boca de la de la muchacha y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Lisa!

—¿Qué?

—¡Me está haciendo daño!

—Le advertí que no me besara.

—¡Usted dijo que me arrearía un sopapo, no que me dejaría calvo!

—Telly Savalas está muy guapo sin pelo.

—Yo prefiero seguir con el cráneo peludo, así que suélteme el pelo, por favor.

—Cuando haya soltado usted mi cintura.

Nick Murphy retiró sus brazos del flexible talle femenino.

—Ya está

Lisa Stander soltó el pelo del detective y se apartó de él, diciendo:

—Espero que le sirva de escarmiento. Nick.

Murphy se frotó el cuero cabelludo, con gesto de dolor.

—No creo que fuera para tanto, demonio —rezongó.

—¿De veras?

—Sólo se trataba de un beso.

—Que yo no deseaba recibir.

—Ayer la besé, y no se enfadó.

—Ayer era ayer, y hoy es hoy.

—Claro. Y mañana será mañana.

—Exacto.

En aquel momento llamaron a la puerta. Fue Nick Murphy quien abrió.

Era Matt Osell.

—Hola, Nick.

—Pasa, Matt.

El rubio entró en la habitación.

Al encontrar en ella a Lisa Stander, sacando sus cosas de la maleta, preguntó:

—¿Es tu habitación o la de Lisa?

—La de los dos —respondió la joven.

—¿Eh...?

—Vamos a compartirla —explicó Lisa Osell, perplejo, miró a su compañero —¿Que tú y ella...?

—Lisa no quiere dormir sola, tiene miedo —aclaró Murphy.

—Oh, ya entiendo... Y estoy pensando que tal vez Joan tampoco quiera

dormir sola.

—Le apuesto a que no. Matt —sonrió irónicamente Lisa. —Será cuestión de preguntárselo —sonrió también el rubio, frotándose las manos interiormente, porque ya se veía en la cama con la tentadora Joan.

* * *

Nick. Matt. Lisa. Joan y Chad bajaron al salón, en donde se sirvieron unas copas y charlaron hasta la hora del almuerzo, que Ingrid les sirvió en el espacioso comedor, reciamente amueblado, como el resto de la casa.

Una casa en la que, pese a disponer de energía eléctrica, gracias al generador instalado en el sótano, había candelabros y hachones por todas partes.

La casa también disponía de agua corriente.

Era los dos únicos signos de modernización. Y el teléfono, claro.

Todo lo demás, seguía igual que cuando la casa fue construida casi ciento cincuenta años antes.

Por la tarde. Nick. Matt. Lisa. Joan y Chad dieron un largo paseo por los alrededores de la casa, hasta la hora de la cena.

Después de cenar, se trasladaron a la magnífica biblioteca

Y permanecieron en ella un par de horas, conversando y curioseando por los estantes repletos de libros.

Pasaban algunos minutos de las once, cuando Nick Murphy sugirió que se fuesen todos a dormir.

Al oír esto. Lisa. Joan y Chad se miraron entre sí, con una sombra de preocupación en los ojos, que no pasó inadvertida para Nick y Matt.

Este último también se puso un poco nervioso y dijo:

—Es pronto. Nick.

—¿Pronto...? Son más de las once. Matt.

—¿Y qué? Mañana no tenemos que madrugar.

—Matt tiene razón —opinó Joan Redford.

—Sí, quedémonos un rato más —sugirió Chad Laven.

—Yo tampoco tengo sueño —dijo Lisa Stander.

Nick Murphy miró a los tres asustados herederos, uno por uno, y luego preguntó: — ¿Escuchó alguien alguna voz? ¿Algún ruido? ¿Vio moverse algún objeto?

Lisa, Joan y Chad volvieron a mirarse, en silencio. Nick dijo:

—Yo no he oído ni visto nada extraño o anormal. ¿Y tú. Matt...? El rubio movió lentamente la cabeza.

—No. Nick: yo tampoco.

—¿Por qué ese miedo, entonces? Si no hemos oído ni visto nada raro o misterioso durante el día, no hay razón para pensar que vayamos a oírlo o verlo durante la noche. No hubo ningún comentario, por lo que Nick Murphy insistió:

—Hale, todos a dormir.

Caminaron los cinco hacia la puerta.

Apenas ponerse en movimiento, las luces de la biblioteca se apagaron repentinamente y la más absoluta e impenetrable oscuridad se apoderó de la estancia.

En circunstancias normales, un simple apagón, por muy repentino y brusco que sea, no asusta a nadie, pero a Lisa. Joan y Chad les produjo un pánico infinito.

Las dos mujeres se pusieron a chillar como locas. Chad Laven pidió socorro.

Matt Osell también, porque sintió que alguien le cercaba el cuello, por detrás, y apretaba como si quisiera estrangularle.

—¡Calma! —Pidió Nick Murphy—. ¡Basta de gri...!

El detective no pudo acabar la frase, porque alguien cayó sobre él y lo derribó. Murphy alargó las manos y palpó algo grueso, redondo y duro.

Parecía una joroba.

El detective pensó inmediatamente en Bruno, el criado mudo.

De pronto, sus manos encontraron otra cosa voluminosa, redonda y maciza. Parecía otra joroba.

Nick Murphy dejó de pensar en Bruno, porque el criado sólo tenía una joroba y él palpaba dos.

¿Se habría colado un camello en la biblioteca...?

Con el fin de averiguarlo, el detective se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, extrajo su encendedor y lo accionó.

La llama iluminó aquella parte de la biblioteca, y permitió a Nick Murphy descubrir muchas cosas.

La primera, que lo que él había estado palpando en la oscuridad no eran las jorobas de un camello, sino los pechos de Joan Redford.

Sí.

Era la rubia quien cayera sobre él y lo derribara, llevada por su histerismo.

Joan había dejado de gritar, pero temblaba como si la hubiesen encerrado desnuda en una cámara frigorífica.

Lisa, en cambio, seguía chillando a pleno pulmón. ¡Y en lo alto de una de las estanterías!

Sí.

Había trepado a ella con la agilidad de un chimpancé, apenas producirse el apagón. Matt y Chad seguían pidiendo socorro.

El primero se hallaba a cuatro patas en el suelo y tenía sobre su lomo a Chad Laven, acostado y rodeándole el cuello con sus brazos.

Nick Murphy se incorporó y gritó:

—¡A callar todo el mundo!

Lisa Stander dejó de chillar; pero no se bajó de lo alto de la estantería.

También Matt Osell y Chad Laven dejaron de pedir socorro, aunque el primero siguió haciendo de caballo y el segundo de jinete.

Joan Redford continuó tendida en el suelo, inmóvil y temblorosa, la falda tan levantada que exhibía totalmente sus hermosas y excitantes piernas, mostrando también el breve pantaloncito rosa.

Nick Murphy los miró severamente a los cuatro.

—¿Es que os habéis vuelto locos? Un simple apagón, y esto parecía un manicomio Ninguno dijo nada

Murphy tendió su mano a Joan, ayudando a la joven a levantarse del suelo. Luego, se acercó a la estantería escalada por la aterrada Lisa y alzó los brazos hacia ella.

—Abajo, alpinista — dijo, socarrón.

—Cuidado con la llama de su encendedor no vaya a quemarme algo — advirtió la muchacha.

—No se preocupe, la cogeré con el otro brazo.

Ayudada por el detective. Lisa Stander se bajó de la estantería.

Chad Laven va había «desmontado., a Mail Osell, y los dos se habían puesto en pie.

—¿No cree que debería disculparse. Chad? —gruñó el rubio.

—¿Por qué?

—Intentó estrangularme.

—¿Que yo...?

—Sí, poco antes de tomarme por un caballo de carreras. Chad Laven tosió,

—Lo siento. Matt, fue todo producto de los nervios

Joan Redford miró a Nick Murphy, con malicioso gesto, y dijo:

—Usted también debería disculparse. Nick.

—¿Yo?

—Se aprovechó de mí en la oscuridad.

—¿Que yo...? —respingó Murphy.

—¿No eran sus manos, las que oprimían mis pechos?

—Diablos con Nick —dijo Chad Laven, sonriendo. Murphy miró un instante a Lisa Stander

Ella le llamó sinvergüenza con los ojos, brillantes de furia El detective carraspeó y trató de explicar lo sucedido

—No era mí intención, Joan. Tú caíste sobre mí y me tiraste al suelo...

—¿No sería al revés. Nick? —le interrumpió l isa.

—No, te juro que no. Lisa, Joan sabe que es verdad

—Sí, es cierto —corroboró la rubia—. Yo derribé a Nick, al tropezar con él en la oscuridad. Luego, sus manos atraparon mis pechos y...

—Yo no sabía lo que atrapaba, Joan, te doy mi palabra

—Olvídalo, no tiene importancia —le sonrió ella. Nick Murphy rezongó:

—Mi encendedor se está calentando demasiado, me quema los dedos. Encenderé las velas de uno de los candelabros,

—Buena idea —aprobó Matt Osell.

Murphy se acercó al candelabro más próximo y aplicó la llama del encendedor a las velas.

La biblioteca quedó mucho mejor iluminada

Murphy se guardó el encendedor y tomó el candelabro.

—Vamos muchachos —indicó, caminando hacia la puerta.

Salieron los cinco de la biblioteca apiñados, porque, a excepción de Nick Murphy, todos seguían con el miedo metido en el cuerpo.

Toda la casa se hallaba a oscuras De pronto, una luz surgió a lo lejos.

Joan Redford pegó un chillido de terror y, señalando la lejana luz, gritó:

—¡Un fantasma...!

CAPITULO VII

La desbandada fue general e instantánea.

Y fue un error echar a correr, porque, debido a la oscuridad de la casa. Matt. Lisa. Joan y Chad no tardaron en tropezar, cada cual con algo distinto, y los cuatro rodaron por el suelo, entre chillidos de pánico.

Nick Murphy fue el único que supo mantenerse sereno.

Y no le resultó difícil, la verdad, porque, al fijarse mejor en la luz que acababa de surgir a lo lejos, descubrió que no se trataba de ningún fantasma, sino de Ingrid, el ama de llaves, que venía a su encuentro con un candelabro en las manos.

Como Matt. Lisa. Joan y Chad seguían rompiéndose las gargantas, presa los cuatro del más puro terror. Nick no pudo contenerse y gritó:

—¡Basta ya, gallinas! ¡No es un fantasma, es Ingrid!

Matt. Lisa. Chad y Joan enmudecieron y se fijaron mejor en la figura humana que portaba la luz que se acercaba.

—¡Es cierto! —gritó Matt.

—¡Es Ingrid! —exclamó Lisa.

—¿Quién dijo que era un fantasma? —inquirió Chad.

—¡Joan! —señaló Lisa a su prima.

—¡La voy a estrangular! —rugió Chad, alargando las manos hacia el cuello de Joan. Esta gateó hacia Matt Osell y se abrazó a él.

—¡Protégeme, Matt!

El detective la estrechó con sus musculosos brazos.

—Tranquila, Joan. Chad no va a hacerte nada.

—¡Quiere estrangularme!

—Yo también, pero me aguanto.

—¡Matt!

—El susto que nos has dado ha sido de muerte, preciosa. Joan se mordió los labios,

—Lo siento mucho. Matt. Vi surgir la luz a lo lejos y pensé que...

—Olvídalo, porque la verdad es que lo pensamos todos Ingrid ya se hallaba junto a Nick Murphy.

—¿Les he asustado...? —preguntó el ama de llaves, contemplando a Lisa, Matt. Joan y Chad, que seguían en el suelo.

—A mí, no, Ingrid —respondió Murphy, Pero a ellos... —los miró también a los cuatro

—Creyeron que era un fantasma, ¿eh? —sonrió Ingrid. Si.

—Cuanto lo siento.

—¿Qué pasó con la luz, Ingrid? —preguntó Murphy.

—El generador suele fallar de vez en cuando. Pero no se preocupen. Bruno lo arreglará mañana, tiene buena mano para eso.

—¿Y no vamos a tener luz en toda la noche...? —se estremeció Lisa.

—Sí, pero no eléctrica —respondió el ama de llaves

—Lo que faltaba —rezongó Chad Laven.

—Venga, muchachos, poneos en pie —indicó Nick Murphy—. ¿O es que pensáis pasar la noche aquí?

—Tal vez fuera mejor —masculló Matt Osell. Se pusieron los cuatro en pie.

Nick e Ingrid echaron a andar, seguidos muy de cerca por Lisa, Matt, Joan y Chad. Llegaron al pie de la escalera

Al ver que el ama de llaves se quedaba allí. Murphy preguntó:

—¿Usted no se acuesta. Ingrid?

—Más tarde. Aun tengo un par de cosas que hacer.

—Muy bien. Buenas noches. Ingrid.

—Que descansen ustedes. Si los fantasmas les dejan, claro —sonrió burlonamente el ama de llaves, y se alejó con su candelabro.

—Muy graciosa —rezongó Matt Osell.

—Vamos para arriba —dijo Nick Murphy, y empezó a subir los peldaños. Matt. Lisa, Joan y Chad se apresuraron a imitarle.

Llegaron arriba y avanzaron por el corredor, parándose frente a la habitación de Chad Laven, cuya puerta abrió Nick Murphy, iluminando la alcoba con su candelabro.

En ella, sobre la pesada cómoda, había otro par de candelabros.

—Enciéndelos, Chad —indicó Murphy.

Chad Laven entró en la habitación, extrajo su encendedor, lo accionó y aplicó la llama a las mechas de las velas, sin poder evitar que la mano le temblara

Tenía miedo de quedarse solo en aquella habitación, eso estaba claro. Sin embargo, no lo confesó.

Nick Murphy, adivinando los pensamientos del sobrino de Edward Hampton, dijo:

—No creo que pase nada. Chad, pero si ves u oves algo raro, corre a avisarme. La cuarta puerta es la mía.

Chad Laven forzó una sonrisa.

—De acuerdo. Nick.

—Que duermas bien.

—Lo mismo digo.

Nick Murphy cerró la puerta, dejando dentro de la habitación al nervioso y asustado Chad Laven.

Fueron a la habitación de Joan Redford. En ella, como en todas, había candelabros.

—Enciéndelos tú. Matt —indicó Nick a su compañero. El rubio obedeció, utilizando su mechero.

Tampoco su pulso estaba demasiado firme, que digamos.

Los temblores de Joan Redford, sin embargo, eran más acusados que los del detective Cuando todas las velas estuvieron encendidas. Nick Murphy

preguntó:

—¿Te asusta dormir sola, Joan?

—Me aterroriza —confeso ella.

—Si quieres. Matt puede quedarse contigo

—¿De veras...? —se alegró infinitamente la joven.

—Sí

Joan miró al rubio Quédate. Matt.

—De acuerdo —accedió Osell, esbozando una sonrisa.

—Buenas noches, muchachos dijo Murphy, y cerró la puerta.

El y Lisa Stander fueron a la cuarta habitación, la que habían decidido compartir. Filtraron en ella y Nick Murphy dejó el candelabro que portaba sobre la cómoda, en medio de los dos que allí había, y que no consideró necesario encender. Con la luz de un solo candelabro dormirían mejor.

Murphy se despojó de la chaqueta y la dejó sobre una silla, procediendo seguidamente a deshacerse el nudo de la corbata.

—No te desvistes, Lisa?

—Me lo estoy pensando —rezongó la joven.

—No te entiendo.

—Tal vez sea mejor que me acueste vestida.

—Eso no es sano. Lisa.

—Pero es mucho más seguro.

—¿Quieres decir que los fantasmas no atacan a las mujeres que están vestidas...? Lisa Stander apretó los labios.

—No te hagas el gracioso. Nick. Sabes perfectamente que cuando dije eso no estaba pensando en los fantasmas, sino en ti.

Murphy rió.

—Yo soy de fiar, Lisa.

—Que se lo pregunten a Joan.

—Oye, ya quedó claro que yo no sabía que lo que palpaban mis manos eran sus pechos

—No tan claro.

—¿Te fías de mi o no?

—No.

—Entonces, será mejor que me vaya Lisa respingó nerviosamente

—¿Adónde?

—A la habitación contigua, la destinada a Matt.

—Quedamos en compartir ésta.

—Fue idea tuya, no mía.

—Pero tú estuviste de acuerdo

—Porque entonces no sabía que desconfiabas de mí

—Retiro lo dicho.

—Porque te conviene, no porque hayas cambiado de opinión.

—Nick, te ordeno que te quedes.

—¿Me ordenas...?

—Soy tu cliente, te he contratado para que me des protección.

—Mc contrataste para cazar fantasmas, no para que durmamos juntos. Si aparece alguno, llámame y vendré a cazarlo.

—¡Nick! —gritó Lisa, corriendo hacia él.

Murphy, que ya caminaba hacia la puerta, con la chaqueta en las manos, se detuvo. Lisa Stander lo abrazó y le dio un apasionado beso en los labios.

Luego, lo miró a los ojos y suplicó:

—No me dejes sola. Nick.

—¿Te acostarás vestida o en camisón?

—En camisón.

—Me quedo —sonrió Murphy, y ahora fue él quien besó y abrazó a la muchacha.

* * *

En la habitación de Joan Redford, ésta y Matt Osell habían empezado a desvestirse, en silencio y dándose la espalda, aunque también se daban alguna que otra miradita por encima del hombro.

Joan se quitó la blusa de tirantes y la falda, conservando sólo las sucintas braguitas rosa. Matt le dio una fugaz mirada en ese momento, y casi se atraganta al contemplar el formidable trasero de la rubia.

Amplio.

Macizo.

Erguido. Pidiendo guerra...

El detective estuvo tentado de ponerse el casco, lomar el fusil, y marcharse al frente. Joan le miró a su vez, con maliciosa sonrisa.

Matt sintió deseos de calar la bayoneta y atacar, pero se contuvo. Ya atacaría cuando se encontrase en el campo de batalla.

En la cama, se entiende.

Joan tomó un camisoncito lila, deliciosamente transparente, y se lo puso.

Como si no se hubiera puesto nada, porque se le clareaba el brevísimo pantaloncito y todo lo que éste no cubría, que era mucho.

Joan Redford se volvió, mostrándose de frente.

Matt Osell también se dio la vuelta, cubierto sólo con el slip.

Joan se fijó detenidamente en los robustos hombros del detective, en sus hercúleos brazos, en su ancho tórax, repleto de músculos fibrosos y duros, en sus estrechas caderas, en sus largas y musculosas piernas...

Matt, por su parte, posó su mirada en los grandes y levantados pechos femeninos, que se vislumbraban con maravillosa nitidez bajo el descarado camisón, pudiendo contemplar las amplias aureolas de sus pezones, erectos, tentadores…

—Pareces un gladiador romano. Matt —piropeó ella.

—Y tú una diosa griega. Joan —devolvió la galantería él.

—¿Qué te parece si nos acostamos y nos olvidamos de los fantasmas?

—Eso mismo te iba a proponer. Se metieron en la cama.

Sus labios se buscaron.

Sus manos entraron en acción. Sus cuerpos buscaron el contacto. Todo iba muy bien.

Sin embargo, muy pronto iba a ir mal. ¿Por culpa de quién...?

¡De los fantasmas de la casa, naturalmente!

CAPITULO VIII

Chad Laven se había acostado ya, pero no dormía. No podía.

Ni quería.

Si se dormía, no podría enterarse de lo que sucedía, y él estaba seguro de que iban a suceder cosas.

No se equivocó.

A los pocos minutos de haberse metido en la cama, sin más prenda encima que el reducido slip, captó algo.

Chad Laven estiró las orejas y contuvo la respiración. No tardó en oír lo misino de antes.

Y más claramente.

El ruido podía identificarse con la respiración de un ser humano. Sí.

Era la respiración de una persona. De una persona... enferma.

Sí, porque se trataba de una respiración lenta, pesada, fatigosa...

A Chad Laven se le heló la sangre en las venas, porque aquella forma de respirar le recordaba demasiado a la de su difunto tío, cuando ya éste se encontraba enfermo.

Era idéntica.

¡Y sonaba dentro de la habitación.. ! Chad Laven empezó a sudar.

Era un sudor frío. Helado. Gélido...

Así sudan los que están muertos de miedo. Aterrorizados.

Al borde del ataque cardíaco.

Ataque que estuvo a punto de sobrevenirle a Chad Laven cuando vio que los dos candelabros empezaban a temblar, como si una mano invisible estuviese agitando la cómoda en la que descansaban.

El corazón le brincó en el pecho, como si quisiera salir de él y no encontrarse la puerta. Por un instante. Chad Laven lo sintió en la garganta, bloqueándosela.

Tal vez fue eso lo que le impidió gritar.

Sí, porque Chad lo intentó, y no le salió la voz.

No era el corazón lo que le impedía chillar, claro, sino el terror, que había paralizado sus cuerdas vocales, dejándole más muelo que Bruno.

El jorobado, al menos, podía decir «huuu... huuu...». Chad Laven, ni eso.

Con ojos desorbitados, siguió contemplando los movimientos del par de candelabros, mientras sus tiesas orejas captaban, cada vez con mayor nitidez, la dificultosa respiración de tío Edward.

Su terror rebasó va todos los límites cuando escuchó una voz que le llamaba:

—Chad... Chad...

Los ojos de Chad Laven parecieron salirse de sus cuencas.

¡Era su voz...!

¡La voz de tío Edward...!

¡Era él quien le llamaba...! ¡La voz de un muerto...!

—Chad.. Chad... —le llamó de nuevo Edward Hampton.

Chad Laven, desencajado su rostro, bañado de frío sudor su cuerpo, tembloroso, estremecido, al borde de la locura, dio un brinco colosal, más propio de una corza que de un ser humano, y cayó al suelo, por donde rodó como un balón de fútbol.

Mientras daba vueltas por el suelo de la habitación, intentó chillar con todas sus fuerzas, pero su garganta seguía atrofiada por el pánico.

Chad Laven dio un nuevo brinco, tan increíble como el de antes, y se puso en pie, disparándose seguidamente hacia la puerta.

La abrió de golpe y salió como un cohete de la habitación.

Corrió por el oscuro corredor, hacia la habitación de Nick Murphy, con la boca abierta de par en par, esforzándose por recuperar la voz.

Y la recuperó. Súbitamente.

El alarido de terror que brotó de su garganta fue tan potente, que las gruesas y Milicias paredes del corredor se estremecieron.

* * *

Matt Osell y Joan Redford estaban a punto de llegar a lo mejor, cuantío escucharon el largo y ensordecedor alarido emitido por el horrorizado Chad Laven.

Respingaron los dos sobre la cama y toda su pasión y todo su deseo pareció esfumarse de golpe.

—¡Matt!

—¡Joan!

—¡Ha sido un chillido de terror!

—¡Juraría que lo ha lanzado Chad!

—¡Debe de haber visto u oído algo!

—¡Los fantasmas!

—¡Seguro!

Matt Osell se subió el slip y saltó de la cama.

—¡Matt! —Chilló Joan, incorporando el torso, desnudo, porque el detective la había despojado del camisoncillo y de la braguita rosa—: ¿Adónde vas...?

—¡Tengo que saber lo que pasa!

—¡No me dejes sola. Matt!

—¡Ponte el camisón y ven conmigo!

Joan Redford brincó de la cama, se ajustó las braguitas, se colocó el transparente camisón, y corrió hacia la puerta, que ya estaba siendo abierta por Matt Osell, quien había tomado uno de los candelabros.

Las luces de las velas iluminaron un trecho del corredor.

Matt descubrió a Chad Laven, corriendo como una flecha por el corredor, en slip.

—¡Chad...! —lo llamó.

Chad Laven frenó en seco su alocada carrera y se volvió, descubriendo a Matt y a Joan. Al instante corrió hacia ellos, chillando:

—¡Lo he oído. Joan...! ¡He oído a tío Edward...! ¡Me llamó varias veces, desde el otro mundo...!

Joan Redford estuvo a punto de desmayarse al oír aquello, mientras que a Matt Osell casi se le cae el candelabro de las manos.

* * *

Lisa Stander se dejó besar y abrazar por Nick Murphy. Incluso le devolvió la caricia.

Cuando separaron sus bocas. Lisa dijo:

—Eres un vulgar chantajista. Nick.

—¿Por obligarte a dormir en camisón? —sonrió el detective.

—Sí.

—Lo hago porque es mucho más saludable.

—Me pregunto si me obligarás a hacer otras cosas. Murphy le acarició el rostro, suavemente.

—Ninguna que tú no desees hacer.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Lisa Stander se separó del detective y se acercó a la cómoda, de uno de cuyos cajones extrajo un camisón azul, corto, tremendamente sugestivo.

—¿Te importaría darme la espalda. Nick?

—Yo a ti te doy lo que quieras —respondió galantemente Murphy, y se volvió.

Lisa se despojó de la blusa y del pantalón, quedando en braguitas y sostén. De espaldas a Nick, se quitó también el sujetador, colocándose en seguida el precioso camisoncito. Mientras tanto. Nick Murphy se había quitado la camisa, los zapatos, los calcetines y el pantalón, conservando únicamente el slip.

—¿Puedo volverme ya, Lisa?

—Sí —autorizó la muchacha

Murphy se dio la vuelta y la contempló largamente, con evidente admiración.

—Eres maravillosa. Lisa.

—Tú tampoco estás mal. Nick.

—Quieres decir que le gusto?

—Sí.

—Eso es magnífico. Lisa.

—No te equivoques. Nick. Que me gustes no significa que desee hacer el amor contigo.

—A mí me encantaría hacerlo contigo. Lisa

—Sí, lo sé. Pero recuerda que has prometido no obligarme a nada.

—Cumpliré mi promesa, no temas. Lisa Stander se metió en la cama Nick Murphy se acostó también

Entre sus cuerpos quedó una ancha franja de colchón Se miraron a los ojos.

—Buenas noches. Nick

—Buenas noches. Lisa.

—Y cuidado con los roces involuntarios, ¿eh?

—No te preocupes. Aunque me muero de ganas de acariciar y estrechar tu cuerpo, sabré controlarme.

Lisa Stander iba a decir que lo dudaba mucho, cuando escuchó el salvaje alarido lanzado por Chad Laven.

La joven se estremeció de pies a cabe/a.

—¡Nick...! —gritó, pegando su cuerpo al del detective de un salto y abrazándose a él. Un par de segundos antes, eso hubiera complacido mucho a Nick Murphy, pero el detective no podía perder tiempo ahora estrechando el suave y cálido cuerpo de Lisa Stander así que se separó de ella con brusquedad y saltó de la cania

Corrió hacia la cómoda y cogió el candelabro

—¡Espérame Nick...! —chilló Lisa, brincando de la cama.

—¡Corre! Lisa ya corría.

Se cogió de la mano de Nick.

El detective abrió la puerta y salieron los dos de la habitación. Vieron a Chad Laven, corriendo hacia Matt Osell y Joan Redford.

—¡Chad! —gritó Murphy.

Chad Laven detuvo su carrera y se volvió, algo más cerca de Matt y Joan que de Nick y Lisa.

—¡Nick...! ¡Lisa...! —exclamó, y corrió hacia éstos

Matt y Joan, pálidos y presa los dos de perceptibles temblores, corrieron también hacia Nick y Lisa

No tardaron en estar juntos los cinco

Chad Laven trataba de explicar lo que le había sucedido, pero lo hacía tan atropelladamente, que resultaba difícil entenderle.

—¡La respiración...! ¡Los candelabros...! ¡La voz...! ¡Tío Edward! —decía, bailoteando, porque el terror le impedía quedarse quieto.

Nick Murphy lo agarró del brazo.

—¡Cálmate. Chad!

—¡Era él...! ¡Me llamaba..! ¡Me hablaba desde el Mas Allá'

—¿Quién te llamaba desde el Más Allá?

—¡Tío Edward!

—Ay... —gimió Lisa Stander, sintiendo que las piernas se le doblaban.

—Abrázame fuerte. Matt pidió loan Redford, cuyos formidables remos también flaqueaban.

Matt Osell la abrazó, procurando no quemarle el trasero con el candelabro.

Como Chad Laven seguía dando saltitos, como si tuviese el baile de San

Vito. Nick Murphy le dio una bofetada y ordenó:

—¡Ya basta, Fred Astaire!

El sopapo hizo su efecto, y los pies de Chad Laven quedaron clavados en el suelo.

—Eso está mejor, Chad. Ahora, despacio y con calma, cuéntanos lo que pasó. Chad Laven, más tranquilo, refirió lo sucedido.

—¿Seguro que aún no te habías dormido, Chad...? —preguntó Murphy.

—Seguro. Nick. No lo soñé, estaba tan despierto como ahora.

—Vamos a tu habitación.

—¡No! —respingó Chad, aterrado. Murphy lo miró duramente.

—¿Quieres que te dé otra bofetada. Chad?

—No.

—Entonces, muévete —ordenó el detective, empujándolo

Caminaron los cinco hacia la habitación de Chad y entraron en ella, éste, Lisa, Joan y Matt pálidos como difuntos

Nick Murphy observó los candelabros. Estaban quietos.

Tampoco se oía la dificultosa respiración de Edward Hampton. Ni su voz...

—Todo está tranquilo. Chad —dijo el detective.

—Ahora, sí: pero antes...

—¿No será producto de tu imaginación, Chad?

—¡No!

—Estabas tan asustado que...

Chad Laven sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡No. no. no! ¡Era la respiración de tío Edward, su voz! —insistió.

—Los muertos no respiran. Chad. Ni hablan...

—¡Los muertos, no. pero sí los espíritus! ¡Era el fantasma de tío Edward quien respiraba y me hablaba!

—Lo creeré cuando me hable a mí —suspiró Nick Murphy

CAPITULO IX

Ingrid entró en la habitación de Chad Laven, con su candelabro en las manos.

—¿Qué ha pasado...?

—Chad sufrió una pesadilla —respondió Nick Murphy. Chad Laven dio una patada en el suelo, con el pie desnudo, por lo que se hizo daño.

—¡No fue una pesadilla! —gritó. El ama de llaves sonrió con ironía.

—¿Vio un fantasma, señor Laven?

—¡Sí, el de tío Edward!

—¿Llevaba cadenas en los pies?

—¡Llevaba cuernos! —rugió Chad. Ingrid no pudo contener la risa.

—Disculpe usted que me lo tome a broma, señor Laven, pero es que se comportan ustedes como chiquillos.

—¡Me hubiera gustado verla a usted en mi lugar. Ingrid! —Yo nunca veo fantasmas, señor Laven.

—¡Tampoco yo lo vi, pero sé que estaba aquí, en esta habitación!

—¿No dijo antes que sí lo vio? Nick Murphy intervino:

—Deje a Chad. Ingrid. Está muy nervioso y se contradice.

—¡Me contracuernos! —rugió de nuevo Chad Laven.

—¿Lo ve? Ya está otra vez, con los cuernos.

—Complejo de toro, sin duda —sonrió Ingrid.

—¡Sí, tengo complejo de toro, y la voy a embestir a usted! —bramó Chad, lanzándose sobre el ama de llaves.

Menos mal que Nick Murphy anduvo lisio, y le frenó a tiempo.

—Tranquilízate. Chad —rogó.

—¡No puedo! ¡La burlona sonrisa de esa mujer me saca de quicio! Murphy se volvió hacia el ama de llaves.

—Será mejor que se retire. Ingrid. Chad no está para bromas. La enlutada cuarentona salió de la habitación.

Nick soltó a Chad y exhaló un suspiro.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora, Chad?

—Yo no vuelvo a quedarme solo en esta habitación.

—A eso me refería.

—Dormiré contigo. Nick.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Lisa duerme conmigo.

—¿Lisa...? —pareció sorprenderse mucho Chad Laven.

—Sí.

—En ese caso, dormiré con Matt.

—Tampoco puede ser —respondió el rubio

—¿Por qué?

—Yo duermo con Joan.

—Sí. Matt y yo dormimos juntos —confirmó Joan Redford, cogiéndose del brazo del detective.

—No os preocupéis, prometo no molestar —sonrió nerviosamente Chad. Nick Murphy y Matt Osell se miraron.

El primero dijo:

—Ya lo has oído. Matt. Chad promete no molestar.

—Que duerma con vosotros, pues —repuso el rubio.

—Estaría mejor con vosotros.

—¿Por qué?

—Tú eres más fuerte que yo. Matt.

—Pero tú eres más valiente. Nick.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que es verdad! A ti no te dan miedo los fantasmas, y a mí, si.

—Matt.

—Nick...

Murphy soltó un gruñido.

—De acuerdo dormirá con nosotros

—Gracias. Nick —dijo Chad Laven.

—Vamos, coge tus ropas. Y una manta, para cubrirte.

—Sí, en seguida.

* * *

Matt Osell y Joan Redford regresaron a su habitación, y Nick Murphy y Lisa Stander volvieron a la suya, acompañados de Chad Laven.

—Échate en la alfombra, Chad —indicó Murphy.

—Sentiré complejo de perro...

—Pues procura no ladrar, o te echaremos de la habitación.

—Sí, amo.

—Sin pitorreo. Chad.

—Perdona.

—No cabemos los tres en la cama, por eso te destino la alfombra.

—Si nos apretujáramos un poco...

—Deberías avergonzarte. Chad.

—¿De qué?

—De querer acostarte con tu prima.

—No seas mal pensado. Nick.

—Ya conoces el refrán: «Piensa mal y acertarás.»

—Tú también quieres acostarte con Lisa.

—Yo no soy su primo. Además, ella me contrató para que la protegiera de los fantasmas, y tengo que estar a su lado en todo momento.

—Entiendo.

—Vamos, échate ya.

Chad Laven se tendió sobre la alfombra y se cubrió con la manta. Nick Murphy sonrió y dijo:

—Buen chico.

—Buen perro, querrás decir —rezongó Chad.

—Si mueves el rabo te echo un hueso.

—Muy gracioso.

Murphy rió y se metió en la cama.

Lisa Stander se había acostado ya y también reía, aunque quedamente, para que su primo no la oyera.

El detective se deslizó hacia ella y le pasó el brazo por la cintura. Lisa le puso ambas manos en el pecho y le frenó.

—¿Qué pretendes. Nick? —dijo, muy bajo.

—Me apetece darte un beso.

—Me prometiste que...

—Que no te obligaría a hacer ninguna cosa que tú no desearas.

—Exacto.

—Tú estás deseando que te bese. Lisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dicen tus ojos, tus labios, el leve temblor de tu cuerpo...

—Un cuerpo que tú ya estás recorriendo con tu mano. —Te gusta que te acaricie, confiésalo.

—Me gusta, pero no quiero.

—¿Por qué?

—No te conozco lo suficiente.

—Soy un buen tipo. Lisa, créeme.

—Un atrevido, eso es lo que eres —rezongó la joven, reprimiendo un gemido de placer, pues la mano del detective seguía recorriendo sabiamente sus muslos, su cadera, su espalda, el nacimiento de sus nalgas...

Chad Laven emitió un gruñido y dijo:

—Me estáis poniendo nervioso, pareja. Murphy levantó la cabeza y ordenó:

—Tú a callar, «Rin tin tín».

—Tu padre.

—¿Cómo has dicho?

—Yo no he dicho nada.

—Si te vuelvo a oír, le pongo un bozal.

—No es necesario, no muerdo.

—Duérmete. Chad.

—¿Sin saber si Lisa va a consentir que le hagas el amor o no?

—Eso a ti no te importa.

—Es mi prima. Nick.

—Pero no tu hermana.

—De acuerdo, me dormiré. Pero, si hacéis algo, procurad que sea en silencio, o lo voy a pasar muy mal.

—¿A que duermes en el corredor?
—Olvida lo que he dicho. Nick.
—Antes de un minuto, quiero oírle roncar.
—Ya soy un leño —dijo Chad Laven, y no volvió a abrir la boca. Nick Murphy prestó nuevamente atención a Lisa Stander.
—¿Dónde nos habíamos quedado. Lisa?
—En que eres un atrevido —respondió ella, con una deliciosa sonrisa.
—¿Sigues opinando igual?
—Sí.
Murphy la besó en los labios, muy suavemente.
—Lisa... —susurró, después.
—¿Qué?
—Me gusta mucho.
—Me halaga oírtelo decir, pero eso no va a cambiar las cosas.
—¿Qué cosas?
—No vamos a hacer el amor. Nick.
—¿Por qué, si sé que tú lo deseas tanto como yo?
—Chad nos oiría.
—Chad se ha dormido. ¿No oyes cómo ronca?
—Sí, parece un serrucho. Pero yo sé que no está dormido de verdad.
—Como estés en lo cierto le voy a... —masculló Murphy. Lisa lo sujetó.
—Déjalo. Nick. Aunque Chad estuviera realmente dormido, no dejaría que me hicieses el amor. Conocerte ayer, y entregarme a ti hoy, me parece que sería ir demasiado de prisa.
—Lisa...
—Dame tiempo. Nick —rogó la joven, poniéndole los deditos sobre la boca. Murphy se los besó y sonrió.
—De acuerdo. L isa.
—Gracias. Nick —sonrió también ella y descansó su cabeza en el pecho de él.
El detective la rodeó con sus brazos, cálidamente, y así se dispusieron los dos a conciliar el sueño.

CAPITULO X

Matt Osell y Joan Redford se hallaban de nuevo metidos en la cama, pero estaban los dos tan preocupados por lo que le había sucedido a Chad Laven, que no reanudaban el juego amoroso que éste interrumpiera tan bruscamente con su alarido de terror.

—Matt... —murmuró Joan.

—¿Qué?

—¿Será verdad que Chad oyó la fatigosa respiración de tío Edward, y que éste le llamó varias veces...?

—No lo sé.

—Yo creo que lo imaginó todo.

—Es posible.

—Lo de los candelabros es probable que fuera cierto, yo también he visto moverse objetos en esta casa, sin que nadie los tocara.

—Eso demuestra que hay fantasmas, Joan.

—Sí, claro que los hay. Pero, el de tío Edward...

Matt Osell sintió un estremecimiento.

—Hablemos de otra cosa, Joan, que se me ponen los pelos de punta. Joan Redford sonrió maliciosamente.

—¿Acabemos lo que interrumpimos antes, Matt?

—Es una buena idea —aprobó el detective, y pegó su boca a la de ella. Joan le rodeó el cuello con sus brazos desnudos.

Matt deslizó su mano por debajo del camisoncito lila, en busca de los exuberantes senos femeninos, que acarició y oprimió con suavidad, pellizcando también los descarados pezones.

De pronto, el detective creyó oír algo y levantó la cabeza. Joan lo miró, extrañada.

—¿Qué ocurre, Matt...?

—¿No has oído nada, Joan?

—No... ¿Y tú?

—Juraría que sí.

—¿Qué has oído, Matt?

El detective iba a responder, cuando de nuevo detectó un ruido. Breve.

Lejano.

Miró nerviosamente a su compañera de cama.

—¿Tampoco lo oíste ahora, Joan...?

—¡Sí, ahora sí! —respondió ella, más nerviosa todavía que él. Se callaron los dos.

Tampoco se movían ni respiraban. Escucharon un tercer ruido.

Más próximo y más claro que los dos anteriores. Era un ruido metálico.

Como si alguien arrastrara una cadena por el suelo. Fantasmas...

Cadenas...

Guardaba relación, sí.
Tal vez por eso a Matt Osell se le erizó la piel.
Joan Redford, por su parte, empezó a temblar.
—Tengo miedo, Matt... —musitó, aferrándose al detective. Osell le cubrió la boca con su mano.
—Silencio, Joan —pidió, los ojos clavados en la puerta, porque los ruidos metálicos se producían en el corredor.
Se escuchó un cuarto ruido y el pomo de la puerta empezó a girar. Lenta y silenciosamente.
Luego, la puerta se abrió. Con idéntica lentitud.
Los goznes chirriaron, aunque muy levemente.
Matt Osell y Joan Redford, estrechamente abrazados, el aliento contenido y el corazón en un puño, tensos sus cuerpos como cuerdas de guitarra, esperaron a que la puerta se abriera del todo, para ver quién deseaba entrar en la habitación.
La puerta se abrió del todo, sí, pero nadie entró.
Aparentemente, la puerta se había abierto sola, sin que nadie la empujara. Matt y Joan se miraron un instante, desconcertados.
Unos segundos después, la puerta se cerraba misteriosamente.
Matt Osell iba a decir algo, con voz susurrante, cuando se escuchó un nuevo ruido de cadena arrastrándose.
¡Y se escuchó dentro de la habitación...! ¡Alguien había entrado...!
¡Un ser invisible...! ¡Un fantasma...!
Joan Redford creyó morirse de espanto.
—¡Matt...! —chilló, pero, tan ahogadamente, que el detective apenas la oyó. Matt Osell sentía culebrear el pánico en sus huesos.
El no era un cobarde, ni mucho menos.
Estaba dispuesto a pegarse con quien fuera, donde fuera y cuando fuera, siempre que se tratase de un ser de este mundo.
Los del otro, le aterraban.
¡Y el que se había colado en la habitación pertenecía a ése! ¡Al Más Allá! ¡Por eso no podían verlo!
¡Era sólo un espíritu! ¡Un fantasma...!
De pronto, Matt y Joan empezaron a oír una respiración lenta, pesada, fatigosa. Como de persona enferma.
Los pelos de las cejas se les pusieron de punta a los dos. ¡Era la respiración de Edward Hampton!
¡Chad Laven no lo había imaginado!
¡El espíritu de tío Edward deambulaba por la casa! ¡Y ahora estaba en aquella habitación...!
Por si quedaba alguna duda, el difunto Edward Hampton dejó oír su voz:
—Joan... Joan...
Fue demasiado ya para Joan Redford, y la pobre exhaló un gemido de terror y se desmayó.

Matt Osell también estaba al borde del desmayo. Del infarto de miocardio, más bien.

Sintió deseos de brincar de la cama y echar a correr a toda velocidad, pero no lo hizo. No podía dejar sola a Joan.

¡Quedaría a merced del espíritu de Edward Hampton! Lo mejor era llamar a Nick Murphy.

Y eso hizo.

Tan fuerte, que casi se desgarró la garganta.

Nick Murphy y Lisa Stander se habían dormido ya, pero no así Chad Laven, quien sospechaba que los fantasmas de la casa actuarían de nuevo aquella noche.

Sus sospechas se confirmaron cuando oyó la voz de Matt Osell:

—¡Nick...! ¡Nick...! ¡Nick...!

Chad Laven respingó fuertemente sobre la alfombra y galleó:

—¡Ya están ahí, Nick! ¡Han vuelto...! ¡Los fantasmas han vuelto...! Nick Murphy y Lisa Stander se despertaron, sobresaltados. Oyeron los gritos de Matt Osell.

—¡Es Matt! —exclamó Murphy, saltando ya de la cama, sin acordarse de que Chad Laven descansaba sobre la alfombra.

Le pisó el vientre y un muslo. Chad emitió un aullido de dolor.

—¡Lo siento, me olvidé de que dormías en la alfombra, Chad! —se disculpó Murphy, mientras corría hacia la cómoda, para coger el candelabro.

Chad Laven se dijo que peor hubiera sido que el detective le pisara otras cosas, ubicadas precisamente entre el vientre y los muslos, así que se olvidó del dolor que sentía y se puso en pie de un salto.

Lisa Stander brincó de la cama al mismo tiempo que su primo se ponía en pie, y ambos corrieron hacia Nick Murphy, quien ya tenía el candelabro en las manos.

Salieron los tres de la habitación, Lisa cogida de la mano de Nick.

Chad Laven no sentía el menor deseo de acudir a la habitación que compartían Matt Osell y Joan Redford, pero entre eso o quedarse solo en la otra habitación, la de Nick y Lisa, prefirió lo primero.

¡No volvería a quedarse solo en ninguna habitación de aquella maldita casa ni por todo el oro del mundo!

En la segunda de las habitaciones, Matt Osell seguía rompiéndose la garganta a gritos.

—¡Nick...! ¡Nick...! ¡Nick...!

Nick, Lisa y Chad ya corrían velozmente por el corredor. Alcanzaron la habitación de Matt y Joan y entraron en ella.

—¡Matt! —gritó Murphy.

El rubio dio un brinco de alegría en la cama, pero sus facciones continuaron desencajadas.

—¡Está aquí, Nick! —chilló, mirando hacia todas partes.

—¿Quién?

—¡El fantasma de Edward Hampton!

Nick, Lisa y Chad escrutaron la habitación, pero no vieron ni oyeron nada.

—¿Dónde, Matt? —preguntó Murphy.

—¡No lo sé, porque es invisible! ¡Pero oigo su fatigosa respiración, el ruido de las cadenas que arrastran sus pies, su voz, llamando a Joan!

Nick, Lisa y Chad aguzaron el oído, dejando incluso de expulsar el aliento, pero siguieron sin escuchar nada.

Murphy preguntó:

—¿Oyes algo, Lisa?

—No —respondió quedamente la joven.

—¿Y tú, Chad?

—Tampoco. Murphy miró a Osell.

—Matt.

—¡Yo tampoco oigo nada ahora, Nick, pero te juro que antes sí lo oía! ¡Y Joan también lo oyó! ¡Cuando el espíritu de su tío la llamó, se desmayó de terror!

Murphy observó a la desvanecida Joan Redford.

—Ocúpate de Joan, Lisa —indicó.

Lisa Stander se acercó a la cama y trató de reanimar a su prima, mojándole las mejillas y los labios con el agua de la botella que descansaba sobre la mesilla de noche.

La rubia volvió en sí.

—¡Lisa! —gritó, tan pronto como abrió los ojos, y se agarró a su prima.

—Tranquilízate, Joan.

—¡Fue algo escalofriante, Lisa! ¡Matt y yo oímos ruidos de cadenas en el corredor, la puerta se abrió sola, el fantasma de tío Edward penetró en la habitación, oímos su pesada respiración, me llamó dos veces...! —contó atropelladamente Joan Redford, pálida, temblorosa, desencajada.

Lisa Stander la abrazó cariñosamente y le acarició el dorado cabello con suavidad.

—Ya pasó todo, Joan. Vamos, cálmate. El espíritu de tío Edward ya no está aquí, se marchó.

La rubia rompió en sollozos.

—¡Fue horrible, Lisa! ¡Espantoso de verdad!

—Serénate, Joan.

Matt Osell miró a su compañero.

—¿Sigues sin creer en los fantasmas, Nick?

Murphy iba a responder, cuando apareció Ingrid, con su candelabro.

—¿Qué ha pasado esta vez, señor Murphy? —preguntó, observando a los cinco.

—Parece que el fantasma de Edward Hampton se dio un paseo por la casa, Ingrid. El ama de llaves rió.

—Oh, vamos, señor Murphy. Usted es un hombre inteligente, no puede creer en estas cosas.

—Con qué sutileza nos ha llamado tarugos a los demás, Ingrid —repuso Lisa. El ama de llaves tosió.

—Lo siento, señorita Stander. No era mi intención, se lo aseguro.

—No importa. Usted no cree en los fantasmas, pero nosotros sí. Cada vez tenemos más pruebas de que existen.

—Si tan convencidos están, dudo mucho que resistan dos semanas enteras en esta casa.

—Yo no creo que pueda —murmuró Joan Redford.

—Ni yo —dijo Chad Laven.

—Tenemos que resistir —dijo Lisa Stander—. Si abandonamos la casa antes de cumplirse el plazo exigido por tío Edward, la perderemos —recordó.

—Nadie la abandonará —aseguró Nick Murphy—. Matt y yo os protegeremos. De los fantasmas... o de lo que sea —esto último lo dijo mirando fijamente a Ingrid.

Esta sonrió y preguntó:

—No me necesitan ustedes para nada, ¿verdad?

—No, Ingrid —respondió Murphy.

—Entonces, me retiro.

El ama de llaves salió de la habitación. Nick Murphy indicó:

—Matt, Joan, coged vuestras ropas y un par de mantas. Dormiremos todos en mi habitación.

Matt y Joan se apresuraron a obedecer.

Luego se trasladaron los cinco a la cuarta habitación. Nick dijo:

—Joan, tú dormirás en la cama, con Lisa. Matt, Chad y yo dormiremos en el suelo.

—No, Nick. Yo prefiero dormir con Matt, aunque sea en el suelo —hizo saber la rubia.

—El suelo está duro.

—No me importa.

—Como quieras —sonrió Murphy.

CAPITULO XI

Había transcurrido va una hora, pero Nick. Lisa. Matt, Joan y Chad seguían despiertos. Ninguno de ellos quería dormirse.

Sospechaban que iban a suceder más cosas. Incluso Nick Murphy lo pensaba.

Ahora ya estaba seguro de que lo ocurrido no había sido imaginado por Chad, Joan y Matt, a causa del miedo, sino real, aunque él, por supuesto, se resistía a admitir que el fantasma de Edward Hampton deambulaba por la casa.

Lo sucedido debía tener una explicación lógica, y Nick Murphy estaba tratando de hallarla.

De pronto llamaron a la puerta. Fueron tres golpes

Secos.

Seguidos.

Dados con un puño, al parecer.

Sendos ramalazos de frío estremecieron los cuerpos de Lisa. Matt, Joan y Chad. También Nick Murphy se sobresaltó, aunque menos.

Irguió su atlético torso y preguntó:

—¿Quién es? Nadie respondió.

Sin embargo, volvieron a llamar a la puerta. De nuevo tres golpes.

Secos y seguidos, pero más fuertes que antes. Tres auténticos mazazos.

Nuevas oleadas de frío sacudieron los cuerpos de Lisa, Matt. Joan y Chad.

Este último, de una manera más bien instintiva, apartó la manta que le cubría y trepó a la cama. Intentó meterse en ella, pero Nick Murphy no lo consintió.

—¿Qué demonios haces. Chad...? —gruñó el detective.

—Estoy aterrado. Nick.

—Eso ya lo veo.

—Deja que me meta en la cama.

—Ni hablar. Lisa no se acuesta con nadie más que conmigo.

—No la tocaré, te lo juro.

—Bájate de la cama, Chad.

—No.

Murphy le mostró el puño.

—¿Prefieres que te baje yo de un castañazo?

—Sí.

El detective soltó el puño, aunque no con excesiva violencia. Lo suficiente, sin embargo, para tirar a Chad Laven de la cama. Chad quedó tendido de bruces sobre la alfombra.

En ese momento se repitieron los golpes. Más violentos aún que antes.

La gruesa puerta tembló. También Lisa, Matt, Joan y Chad.

Este último dejó escapar un gemido de terror y se ocultó bajo la cama, de

la cual ya estaba saltando Nick Murphy.

El detective, todo aplomo y decisión, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. No vio a nadie.

Murphy salió de la habitación y escrutó el oscuro corredor. Nadie, tampoco.

El detective volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta, quedándose junto a ella. Si volvían a llamar, sorprendería al autor de los golpes.

Pero no hubo más golpes.

Sí, en cambio, se escuchó una respiración. Lenta.

Pesada.

Fatigosa.

El terror de Lisa, Matt, Joan y Chad aumentó. Con los ojos dilatados al máximo, escrutaron la habitación, en inútil intento de descubrir al ser que respiraba dificultosamente dentro de ella.

Nick y Murphy también miraban hacia todos lados, pero tampoco él veía nada.

—¡Es el espíritu del tío Edward...! —chilló Chad Laven, hecho una pelota bajo la cama.

—¡Sí, es su respiración...! —gritó Joan Redford, que se aferraba con desesperación a Matt Osell, nuevamente el borde del desmayo.

—¡Era el que golpeaba la puerta...! —adivinó el detective rubio, escrutando nerviosamente a Joan.

—¡Entró cuando Nick abrió...! —chilló Lisa Stander, corriéndose la manta, aunque ella no se daba cuenta.

—¡Silencio todo el mundo! —rugió Nick Murphy. Lisa, Matt, Joan y Chad enmudecieron.

Y hasta dejaron de respirar.

Entonces pudieron oír nuevamente la enfermiza respiración de Edward Hampton, quien, escasos segundos después, llamaba a sus sobrinos y herederos.

—Lisa... Joan... Chad...

De las gargantas de los tres escaparon sendos y ahogados gemidos de pánico.

—Es él...

—Sí, es su voz...

—Nos llama...

—¡Silencio he dicho! —tronó Nick Murphy, trotando ya hacia la cómoda, porque le parecía que tanto la voz del difunto Edward Hampton, como su fatigosa respiración, salían de allí.

—¡No se acerque a mí, Murphy! —gritó el fallecido Hampton.

El detective se detuvo en seco, a poco más de un metro de la cómoda.

—¡Aléjese o le destruiré! —amenazó Edward Hampton.

—¡Obedece, Nick! —pidió Lisa Stander.

—¡No desafíes al poder de un espíritu! —gritó Matt Osell.

—¡Atrás, Nick! —pidió Joan Redford.

—¡Tu vida está en peligro! —chilló Chad Laven.

Nick Murphy, desoyendo todos los consejos, se lanzó contra la cómoda, la agarró por uno de los lados y la arrastró, separándola de la pared.

Sujetos a la parte trasera del pesado mueble, descubrió un par de objetos pequeños.

Murphy tornó el candelabro e iluminó mucho mejor la parte trasera de la cómoda, examinando con detenimiento los reducidos objetos que había descubierto.

Se trataba de dos diminutos ingenios electrónicos.

El primero servía para hacer llegar la voz de alguien que hablaba en otro lugar de la casa o los ruidos que ese alguien produjese deliberadamente.

El segundo aparatito, era una especie de emisor o productor de vibraciones, reguladas a distancia.

Nick Murphy se explicó ahora muchas cosas.

Por ejemplo, el misterioso temblor de los candelabros de la habitación de Chad Laven; las vibraciones del pequeño, ingenio electrónico, instalado con toda seguridad detrás de cada una de las cómodas de las habitaciones, hicieron temblar el mueble, y éste hizo a su vez temblar los candelabros, que descansaban sobre él.

Así se lograba el movimiento de los objetos que tanto asustaba a Lisa, Joan y Chad. La dificultosa respiración del difunto Edward Hampton surgía del otro ingenio electrónico, imitada a la perfección por la persona que también sabía imitar la voz del fallecido Hampton, y que no podía ser otro que Lex Blondell, su abogado, porque Ingrid era una mujer y Bruno, el criado jorobado, no podía hablar.

Ingrid y Bruno estaban de parte de Blondell, naturalmente.

El abogado no hubiera podido llevar a cabo su plan sin contar con ellos. Seguro de que los golpes en la puerta los había dado el jorobado.

Y también se habría encargado de arrastrar las cadenas por el corredor, para aterrorizar a Matt y Joan.

Muy bien planeado todo por Lex Blondell. Pero de nada le iba a servir.

El, Ingrid y Bruno recibirían su merecido.

CAPITULO XII

Nick Murphy arrancó el par de ingenios electrónicos, dejó nuevamente el candelabro sobre la cómoda, y miró a los aterrados Matt, Joan, Lisa y Chad.

—Acercaos.

Ninguno de los cuatro se movió. Murphy sonrió.

—Vamos, no tengáis miedo. Ya no se oye la fatigosa respiración de Edward Hampton, ni su voz. Era toda una farsa, perfectamente montada.

La sonrisa de Nick Murphy, la tranquilidad con que éste se expresaba, animaron a Matt, Joan y Lisa a acercarse a él.

Chad Laven se resistió un poco más, pero finalmente salió de debajo de la cama y se aproximó también al detective.

Cuando los tuvo a los cuatro junto a él, Murphy les mostró los dos aparatitos electrónicos.

—Aquí tenéis una explicación lógica para todo lo sucedido.

—¿Qué diablos es eso...? —preguntó Lisa Stander.

—Parecen micrófonos secretos... —murmuró Matt Osell, tomando uno de los objetos, j

—El aparatito que tú tienes en la mano, Matt, no sólo capta sonidos y voces, sino que también puede enviarlos —explicó Murphy—. Este otro, sólo produce vibraciones, las cuales hacen temblar los objetos.

—No entiendo nada —musitó Joan Redford.

—Tampoco yo —confesó Chad Laven.

Nick Murphy se lo explicó con más detalle a los cuatro, y les habló también de Lex Blondell, de Ingrid y de Bruno.

El rostro de Matt Osell comenzó a congestionarse.

—¿Que todo ha sido planeado por el abogado del difunto Edward Hampton? Murphy asintió con la cabeza.

—Estoy seguro, Matt. Él fue quien envió a la pareja de matones a nuestra oficina, para evitar que pudiéramos acompañar a Lisa a esta casa.

—¿Y qué interés puede tener Lex Blondell en que...? —se preguntó Lisa Stander.

—Está muy claro. Lisa. Si tú, Joan y Chad no cumplíais la condición impuesta por vuestro difunto tío en su testamento, perderíais vuestro derecho y la casa sería vendida por Lex Blondell.

—Sí, pero él tendría que entregar el dinero obtenido a la institución benéfica designada por nuestro tío en el testamento... —observó Joan Redford.

—Lo sé. Pero, sin duda, pensaba vender la casa a un precio muy alto y luego decir que no había podido sacar mucho de ella —sospechó Murphy.

—¡Seguro! —exclamó Chad Laven, furioso—. Y así, la sustanciosa diferencia para él.

—Exacto, Chad.

—El muy hijo de... —rezongó Joan.

—Deberíamos molerlo a golpes, por todos los malos ratos que nos ha hecho pasar — masculló Lisa.

—Yo me encargo de eso —dijo Matt Osell, escupiéndose en las manos—. ¿Vamos a por él, Nick?

—En cuanto nos vistamos —respondió Murphy.

Los dos detectives tomaron sus ropas y se las pusieron, Lisa, Joan y Chad también se vistieron.

Nick Murphy encendió las velas de los otros dos candelabros y entregó una a Lisa Stander y otra a Joan Redford.

—Lleva tú el tercer candelabro, Chad. Matt y yo debemos tener las manos libres.

—De acuerdo, pero yo también quiero darle un par de puñetazos a ese bastardo de Blondell, ¿eh? —dijo Chad Laven.

Murphy sonrió e indicó:

—En marcha, muchachos. Caminaron los cinco hacia la puerta.

Antes de salir de la habitación, Nick y Matt extrajeron sus revólveres calibre 38, porque lo más probable era que Lex Blondell también tuviese una pistola y se decidiese a hacer uso de ella, al saberse descubierto.

Abandonaron todos la alcoba y echaron a andar por el corredor, suficientemente iluminado por las velas de los tres candelabros.

Nick Murphy y Matt Osell iban delante, pero continuamente volvían la cabeza, para no verse sorprendidos por la espalda.

Alcanzaron la escalera de medio caracol y empezaron a descender por ella.

Habían bajado ya unos cuantos peldaños, cuando, súbitamente, alguien dio un fuerte tirón a la alfombra que cubría la escalera.

—¡Cuidado...! —gritó Murphy, perdiendo el equilibrio. Osell lo perdió también. Y Lisa.

Y Joan.

Y Chad.

Los cinco rodaron escaleras abajo, perdiendo las pistolas y los candelabros.

La mayoría de las velas se apagaron, pero las pocas que quedaron encendidas iluminaron, aunque muy escasamente, el espacioso vestíbulo.

Ingrid y Bruno, los autores del brusco tirón de alfombra que hiciera perder el equilibrio a Nick, Matt, Lisa, Joan y Chad, descendieron rápidamente la escalera.

Su intención era apoderarse de las armas de la pareja de detectives, antes de que éstos pudiesen recuperarlas.

Nick Murphy, dándose cuenta de ello, gritó:

—¡En pie, Matt! ¡Ingrid y Bruno quieren apoderarse de nuestros revólveres! El rubio se irguió de un salto y se lanzó escaleras arriba.

Murphy hizo lo propio.

Por fortuna, las armas estaban más cerca de ellos que de Ingrid y Bruno. El ama de llaves rugió:

—¡A ellos, Bruno!

El jorobado saltó con la agilidad de un mono, como queriendo hacer honor a su cara, y arrolló a la pareja de detectives, cayendo los tres escaleras abajo.

Ello permitió a Ingrid apoderarse de una de las pistolas, con la que apuntó a Nick y Matt. En ese preciso instante, Chad Laven, que había recuperado uno de los candelabros, se lo arrojó con fuerza al ama de llaves, estrellándoselo en la cara.

Ingrid emitió un grito de dolor y se derrumbó, perdiendo el arma.

Rodó por los peldaños con la brecha en la frente, por la que sangraba profusamente.

—¡Bravo, Chad! —exclamó Nick Murphy, incorporándose.

—¡Yo me ocupo del jorobado, Nick! —dijo Matt Osell, arrojándose sobre Bruno.

Murphy subió de nuevo las escaleras y recuperó el par de revólveres.

No había hecho nada más que tomarlos, cuando oyó chillar a Lisa Stander.

—¡Cuidado, Nick! ¡Es Lex Blondell, y empuña una pistola!

Murphy siguió la dirección del brazo de la muchacha y descubrió al abogado del difunto Edward Hampton, que acababa de surgir por una puerta.

Era cierto que empuñaba una pistola. Y la hizo funcionar.

La bala buscó el cuerpo de Nick Murphy, pero no lo encontró, porque éste se dejó caer de lado y, en esa posición, respondió al fuego de Lex Blondell, tomando sus piernas como blanco.

El detective disparó tres veces seguidas, y alguna de las balas debió morder la carne del abogado, pues éste dio un alarido y se vino abajo.

Nick Murphy se incorporó con rapidez y saltó por encima de la barandilla de piedra, cayendo sobre el suelo del vestíbulo.

Corrió hacia Lex Blondell, pistola en mano.

El abogado había perdido la suya y no hacía nada por recuperarla, sólo se agarraba la rodilla derecha, con ambas manos, y gimoteaba de dolor.

Un dolor insufrible, porque la bala le había destrozado literalmente la rodilla. Nick Murphy se apoderó de la pistola de Lex Blondell, mientras le apuntaba con la suya.

No tuvo tiempo de hacer pregunta alguna, pues el abogado, ahogado de dolor, se desmayó y quedó inmóvil, muy encogido.

El detective se desentendió de Lex Blondell y regresó al pie de la escalera, en donde Ingrid, inconsciente, era atendida por Lisa y Joan.

Chad Laven contemplaba la pelea que sostenían Matt Osell y el feo criado, quien, pese al inconveniente que para él suponía la pronunciada joroba, luchaba como una fiera.

Y nunca mejor dicho lo de fiera, porque Bruno, además de golpear, mordía y arañaba. Era muy sucio peleando, sí.

Matt le estrelló el puño en la boca, para que aprendiera a no morder.

Bruno no aprendió, pero se le fueron las ganas, porque también se le fueron casi todos los dientes, a causa del zambombazo.

—¡Huuu...! ¡Huuu...! —se quejó el mudo, escupiendo sangre y piezas dentales. Por un instante quedó de espaldas a Matt Osell.

El rubio le tocó la joroba.

—Dicen que esto trae suerte.

Bruno se volvió, como picado por una serpiente venenosa, y pareció insultarle con los ojos.

—¡Huuu...! ¡Huuu...! ¡Huuu...!

—Eso lo será tu padre —rezongó Matt, y le soltó un trallazo. El mudo se derrumbó sin decir esta boca es mía.

Y no porque no tuviera lengua. Había perdido el sentido.

EPILOGO

Nick Murphy telefoneó a la policía.

El teniente Lenox, viejo conocido de Nick y de Matt, estaba de guardia aquella noche. Murphy le informó levemente de lo sucedido, dejando los detalles para más tarde, cuando el teniente Lenox y sus hombres se personasen en la casa del difunto Edward Hampton. Mientras Nick Murphy hablaba con el teniente Lenox, Matt Osell bajó al sótano y puso el generador en funcionamiento.

Como ya sospechaba el rubio, Ingrid había mentido al decir que el generador se había averiado. Dejar la casa sin energía eléctrica formaba parte del plan urdido por Lex Blondell.

Matt Osell se reunió con los demás.

Nick Murphy colgaba el teléfono en aquel instante.

—¿Qué ha dicho el gruñón de Lenox, Nick?

—Le sigue molestando su úlcera, pero eso no le impedirá venir con un par de helicópteros. Con los coches, tardaría demasiado.

—Blondell continúa inconsciente, ¿eh?

—Sí, y también Ingrid y Bruno.

—Mira, parece que el ama de llaves vuelve en sí —observó Matt.

Era cierto, Ingrid se estaba recuperando.

Al abrir los ojos, miró con odio a la pareja de detectives y a los tres herederos.

—Malditos sean todos... —escupió literalmente. Nick Murphy la miró con fijeza.

—¿Por qué se prestó usted a esto, Ingrid? ¿Les ofreció mucho Lex Blondell a usted y a Bruno?

—Bastante, pero yo no acepté por eso, sino porque estaba furiosa con Edward Hampton. Dejaba que me hiciera el amor siempre que a él le apetecía, y no le cobraba nada por ello, porque pensaba que, a su muerte, mi nombre figuraría en su testamento. Cuando me enteré por Lex Blondell de que no era así, monté en cólera. Fue entonces cuando el abogado me expuso el plan, y yo acepté encantada. Tampoco fue difícil convencer a Bruno. Es un pobre loco, un retrasado mental. Siempre me ha obedecido en todo.

Murphy siguió interrogando al ama de llaves, y ella lo confesó todo, porque comprendía que de nada le serviría ya ocultar los detalles del plan ideado por Lex Blondell.

Murphy y Osell informaron más ampliamente a Lenox, siendo corroboradas sus palabras por Lisa Stander, Joan Redford y Chad Laven.

El teniente Lenox reconoció:

—Habéis hecho un buen trabajo, muchachos.

—Gracias, teniente —sonrió Nick.

—Somos muy buenos —sonrió también Matt, inmodestamente.

—Cazar fantasmas es lo vuestro, por lo visto. Cuando me entere de alguien que los tiene en su casa, os avisaré inmediatamente —prometió Lenox.

Matt Osell dio un respingo.

—¡Oh, no, teniente Lenox! ¡Ni se le ocurra! —prohibió, visiblemente asustado.

Lenox, Nick, Lisa, Joan y Chad rompieron a reír. Matt acabó riendo también.

Minutos más tarde, el teniente Lenox y sus hombres abandonaban la casa, llevándose esposados a Lex Blondell, Ingrid y Bruno.

—¿Qué os parece si volvemos a nuestras habitaciones? —sugirió Nick Murphy.

—¿Podremos dormir después de lo sucedido? —repuso Lisa Stander.

—¿Quién habla de dormir? —sonrió maliciosamente Joan Redford, mirando a Matt Osell.

Este la abarcó por la cintura.

—Eso, ¿quién habla de dormir? Chad Laven dijo:

—Yo tendré que llamar a alguna amiga mía, porque no me seduce la idea de dormir solo dos semanas enteras en esta casa.

—Es una buena idea, Chad —rió Murphy. Se fueron los cinco arriba.

Chad se introdujo en su habitación. Matt y Joan en la suya.

Nick y Lisa caminaron hacia la cuarta habitación.

Cuando estuvieron frente a ella, Lisa se detuvo y miró al detective.

—Nick...

—¿Sí, cariño? —le sonrió él, tomándola por la cintura.

—¿Te enfadarías si te dijese que prefiero dormir sola?

—Muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ti, Lisa, y me muero de ganas por demostrártelo. El rostro de Lisa Stander resplandeció.

—¿De veras estás enamorado de mí, Nick?

—Enamoradísimo.

—Temo ser solamente una aventura pasajera para ti, ¿sabes?

—Si fueras eso, no te pediría que te casaras conmigo. Lisa respingó.

—¡Nick!

—¿Quieres ser mi mujer, Lisa?

—Pues, así, de pronto...

—No importa, ya me responderás en la cama.

Nick empujó a Lisa hacia el interior de la habitación y cerró la puerta. Siguió empujándola, ahora hacia la cama.

Cayeron los dos sobre ella. Nick empezó a besar a Lisa.

En los labios, en los pómulos, en los ojos, en el cuello.

—Oh, Nick, Nick... —gimió dulcemente ella.

El detective, sin dejar de besarla suave y tiernamente, le desabotonó la blusa y se la abrió, besándole entonces los senos, brevemente cubiertos por el

blanco sujetador. Murphy buscó el cierre de la prenda íntima y lo soltó, dejando seguidamente al descubierto los hermosos y turgentes pechos de Lisa, que acarició con verdadera adoración, tomando entre sus labios los deliciosos pezones, rojos y endurecidos de excitación.

Lisa Stander exhaló un profundo suspiro, acompañado de un largo y maravilloso estremecimiento, y musitó:

—Sí, Nick, sí...

El detective interrumpió un momento los besos y las hábiles caricias, para preguntar:

—¿Sí, qué. Lisa?

—Que sí quiero ser tu mujer.

—Qué feliz me haces, cariño.

Lisa le sonrió amorosamente, mientras le acariciaba el pelo.

—Tú también a mí, Nick.

—¿Sabes que tienes unos senos preciosos? —Murphy se los besó los dos con dulzura,

—Joan los tiene más grandes.

—A mí me gustan más los tuyos.

—¿De veras?

—Sí, son maravillosos. No me canso de besarlos y acariciarlos,

—Ya te cansarás, ya.

—Dentro de cien años, tal vez...

—Para entonces, ya se los habrán comido los gusanos.

—¿Pues sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que para que se los coman los gusanos, me los como yo.

—Tonto! —rió Lisa, recibiendo ya los primeros y deliciosos mordisquitos en los senos. Así, entre bromas, risas, besos, caricias y mordisquitos, Nick Murphy acabó de desnudar a Lisa Stander y él se desvistió también.

Hicieron el amor.

Larga y apasionadamente.

Tras la íntima unión de sus cuerpos, reflejadas todavía en sus rostros las huellas del prolongado e intenso orgasmo, Lisa Stander acarició las mejillas de su futuro marido y susurró: —Te quiero, Nick.

—Y yo a ti, Lisa —respondió el detective.

Un segundo después, sus bocas se unían de nuevo, en cálido y amoroso beso.

FIN